



Katy Erices • Elisa Avendaño • Ángela Acuña

EL CANTO DE TODAS VOL.3

Mujeres que hacen música en Chile

Charo Cofré • I.O. • Magdalena Manthey • Emilia Lazo • Vanja Mundaca • Natalia Contesse • Mariel • Luz Eliana • Tita Parra • Mouso • Niña Tormenta • Dania Neko • Masquemúsica • Juana Ácido • Irene Ilano • Alfonsina Torrealba • Rita Góngora • Patricia Rojas • Juanita Parra • Isabel Parra • Paz Court • Natalia Ramírez • Paloma Mami • Irene Ilano • Edita Rojas • Patricia Frias • Carmen Prieto • Montserrat Prieto • Denisse Malebran • De Lein • Lizz • Rosario Alfonso • Palmenia Pizarro

El Canto de Todas es una publicación de la Sociedad Chilena de Autores e Intérpretes Musicales SCD

Agenda de Género SCD

Gloria Simonetti – Segunda Vicepresidenta
Magdalena Matthey – Secretaria General
Ángela Acuña – Consejera

Redacción de textos

Marisol García (www.marisolgarcia.cl)

Coordinación y edición

Dirección de Comunicación y Cultura SCD

Diseño

Sofía Garrido

Portada

Equipo SCD

EL CANTO DE TODAS 2023

Por tercer año consecutivo, la Sociedad Chilena de Autores e Intérpretes Musicales SCD presenta una publicación que responde a una necesidad tan histórica como imperiosa: la de abrir instancias de difusión para conocer y reconocer a aquellas mujeres que han creado y crean música en Chile.

Confiamos en la premisa de que más, es más, y mientras mayor sea la cantidad de espacios, iniciativas o proyectos que busquen promover el trabajo de las cientos de creadoras que ostenta nuestra música en su historia, mayor será sin duda el efecto positivo.

Con ese espíritu es que desde el 2018, SCD ha iniciado una agenda amplia de iniciativas que buscan aportar a disminuir la brecha que aún esta latente en materia de género en la música y que está presente también en todos los ámbitos creativos, laborales y sociales. Hoy, más de 16 mil músicos conforman nuestra organización, pero solo el 14% son mujeres.

Esta publicación es parte de una batería de acciones que buscan no solo aumentar esos números, sino que además destacar a ese 14% de mujeres que trabaja día a día por aportar a nuestro patrimonio sonoro.

Con esta tercera edición de *El Canto de Todas* sumamos 136 biografías de artistas chilenas de todos los géneros, estilos, generaciones y rincones del país, y esperamos seguir sumando más cada año, para completar una verdadera enciclopedia de mujeres que hacen música en Chile.

ÍNDICE

6	Charo Jofré
8	I.O.
10	Magdalena Matthey
12	Mariel Mariel
14	Luz Eliana
16	Las Entonás
18	Malicia
20	Slowkiss
22	Yorka
24	Denisse Malebrán
26	De Lein
28	Lizz
30	Edita Rojas
32	Patricia Frías
34	Rosario Alfonso
36	Isabel Parra
38	Paz Court
40	Natalia Ramírez
42	Paloma Mami
44	Irene Llano
46	Francesca Ancarola
48	Rita Góngora
50	Katy Erices
52	Elisa Avendaño
54	Ángela Acuña
56	Emilia Lazo
58	Vania Mundaca – Las Corraleras
60	Natalia Contesse
62	Valentina Soto
64	Patricia Rojas – María Bonobo
66	Juanita Parra
68	Carmen Prieto
70	Montserrat Prieto
72	Juana Ácido
74	Tita Parra
76	Mouso
78	Niña Tormenta
80	Dania Neko
82	Masquemusica
84	Alfonsina Torrealba
86	Palmenia Pizarro

En algunos casos, su recorrido en la música tuvo a los vientos del tiempo en su contra. En otros, más recientes, la reflexión social sobre asuntos de género les ha permitido llevar una ventaja de proposición y atrevimiento. Pero a unas y a otras, en todo tipo de estilos, las une una misma convicción: que su desarrollo en la música se amplíe a un crecimiento profundo de la relación entre Chile, su cultura y su identidad. Las siguientes cuarenta mujeres destacadas en la música de nuestro país han trabajado antes y después de revueltas sociales, pandemia, crisis económica y episodios de discriminación. Y no están dispuestas a detenerse.

CHARO COFRÉ

#tradición
#exilio
#canción_
para_niños

Su trayectoria sugiere giros muy marcados entre tipos de canciones y audiencias, pero a lo largo de cinco décadas **Charo Cofré** (Santiago, 1950) ha mantenido una perspectiva coherente para su canto y su compromiso con éste. En los momentos en que su voz ganó mayor difusión, lo fue por proyectos puntuales (canciones para niños, canto de denuncia), pero sin alejarla por completo de aquella matriz esencial que ya en su primera juventud la tenía atenta a la tradición en general, y a la huella de Violeta Parra en particular, así como a la música entendida como una creación colaborativa.

Es infaltable en los recuentos históricos por el hito que en 1972 significó *Tolín, tolín, tolán*, un LP con ella a cargo de la música; los versos de la escritora y profesora María de la Luz Uribe; y dibujo de carátula de Fernando Krahn. Se convirtió en inesperado superventas aquel cruce de educación, poesía popular, fantasía y raíz campesina en diez temas originales, a la manera de un folclor didáctico que en todo momento remite a Chile. Mejor aún: canciones como “El tonto Perico”, “El soldado Trifaldón” y la propia “Tolín, tolín, tolán” se hicieron a su vez parte de la tradición, instalándose sin esfuerzo en casas, rondas y patios escolares. En palabras de Charo, *Tolín Tolín Tolán* «poco a poco fue teniendo vida propia».

Pero por cierto que la trayectoria musical de Charo Cofré excede con mucho ese hito de la canción para niños chilena. Durante los años de la Unidad Popular, su nombre y su voz se enlazaron al gusto masivo, incluyendo su triunfo en la competencia folclórica del Festival Internacional de Viña del Mar 1973 (con el tema “Mi río”, de Julio Numhauser) y las melodías amables de su primer álbum solista (1971). Luego del Golpe de Estado, destaca su persistencia como artista en el exilio, con una sucesión de LP grabados y publicados en Italia, tanto a solas como junto a su compañero, Hugo Arévalo, siempre fiel a su interés por el folclor tradicional del país forzosamente dejado atrás. Eran registro del esfuerzo de, en sus palabras, proponer un sonido chileno alejado del tópico andino y la referencia militante; anclado en el guitarrón y el rabel, y en la poesía popular.

Residente de Isla Negra, con presentaciones esporádicas pero convencidas hasta hoy, Charo Cofré es nombre de referencia para una época importante del canto tradicional de nuestro país, así como de las circunstancias de sus luchas.



— Fotografía: Archivo personal de la artista.

I.O.

#electrónica
#partitura
#cantautoría

La decisión de presentarse tan sólo con sus iniciales parece coherente con el tipo de música que **Isidora O’Ryan** (Santiago, 1987) ha elegido desarrollar como creadora e intérprete. En torno a **I.O.** hay sonidos envolventes, a veces misteriosos, que instalan una identidad de autora no como autorreferencia estridente, sino por un bordado musical más bien sugestivo. Formada como chelista clásica en la Universidad de Chile, y al centro de una familia de inquietudes artísticas, el tiempo la orientó a un encuentro por un lado con la disidencia del canon predominante en su educación, y por otro con la electrónica, aunque sería un error calificar todo ello como un desvío. Al contrario: en su álbum solista *Ciénaga* (2020), pero también en su participación en el trio Los Tristes y la colaboración con el músico Juan Pablo Abalo (*Blanco*, 2022), lo que se escucha es un armado de apariencia frágil pero trama firme, que a través de un imaginativo uso de las texturas consigue distinguirla a cargo de música atractiva y contemporánea, aunque más exigente que la del pop radiable. A veces lo que prima es su chelo; otras, su voz y las máquinas junto a ella. No son necesarios los adornos: la fascinante atmósfera de la música de I.O. se basta a sí misma como mensaje y vehículo de entrega.

Esa apuesta es hoy oferta binacional, desde que, en enero de 2021, Isidora comenzó a viajar entre Chile y España para colaborar con obras de danza flamenco (su hermana, Florencia Oz, es *bailaora* profesional). Estuvo un tiempo en Barcelona, ocupada en estudios de producción musical, y ahora en Sevilla coordina nuevos encargos para espectáculos escénicos, además de la posibilidad de mostrar su música en vivo, en varias ciudades. Desde allá ha dirigido este año la presentación de su EP *Altar*, un trabajo que continúa el sendero de integración de sonidos, aunque con mayor exigencia vocal y melódica. «Estar en España me ha estimulado y desafiado mucho creativa y artísticamente —evalúa Isidora a la distancia—. Me ha forzado a ser más autónoma y a aprender cosas nuevas. A atreverme más y a confiar en mi trabajo. También me ha ilusionado mucho ver que hay sueños (por así decirlo) que se pueden hacer realidad: viajar y trabajar con el arte, con lo que uno hace, da mucha ilusión y fuerza para seguir creando, inventado e investigando.»

8



— Fotografía por: Pablo O’Ryan.

MAGDALENA MATTHEY

#latinoamérica
#cantautoría
#intimidad

«Pierdo, me pierdo, en inmensidades / pierdo intenciones, pierdo creer / pierdo las huellas fundamentales», canta **Magdalena Matthey** (Santiago, 1971) al inicio de *Amor urgente*, su disco de 2022. Pero esa descripción está lejos de ser una alarma: al escucharla, parece estar advirtiendo más bien sobre la perspectiva de un cambio de ritmo y la expresión de una necesidad, de pérdidas que se dejan ir y a la vez confían en la llegada de nuevos afectos. El tema se instala casi como un manifiesto para un álbum que consigue recordar que la autora de esas ocho canciones —acompañada allí de colaboradores como León Gieco, Sergio Tilo González y Paz Mera, entre varios músicos de oficio— siempre ha cantado por fuera de las pautas de competitividad y fórmulas que suelen ocupar a quienes buscan un turno masivo para su cantautoría.

Años, visicitudes existenciales y una trayectoria musical de inquietud temprana y asentada ya en ocho álbumes e incontables asociaciones le permiten a Magdalena Matthey mostrarse desde su lugar, que es uno de rigor musical —titulada en canto popular por la Escuela de Música de la SCD— pero también de intuiciones y de soltar las ataduras de la convención. Su cancionero se ha cruzado con el reconocimiento masivo (con canciones suyas premiadas en la competencia folclórica del Festival de Viña 1995 y, el mismo año, en el apartado de “Mejor músico extranjero” en el Festival Sudamericano de Santa Rosa, en Brasil), tanto como con el intercambio constante con algunos de los más destacados músicos del medio (Congreso, Elizabeth Morris, José Seves, Nano Stern); y, antes de todo aquello, con el estímulo de una familia extendida de firmes inquietudes artísticas (partiendo por las de su madre, Alicia Correa, destacada autora de tonadas, cuecas y villancicos). En ese nutrido recorrido, su música libre siempre vuelve a los cauces reconocibles de la raíz latinoamericana y el canto «con sentido». Magdalena es una cantautora consciente del enorme valor que una composición breve —en su caso, a veces a pura voz y guitarra (o cuatro venezolano); otras, de capas y múltiples timbres minuciosamente urdidos— puede llegar a tener. El canto como vehículo y herramienta para transmitir que se aspira a algo tan necesario (y ambicioso) como una mejor convivencia. Si su música suele ser calificada de «fusión», quizás venga bien entenderla como una confluencia no sólo de estilos, sino también de miradas, ritmos de trabajo y osadías, por qué no. Ahí también hay amor urgente.

10



11

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

MARIEL MARIEL

#latinoamérica
#valparaíso
#colectivo

Pulsos, quiebres, voces entre efectos, movimientos corporales marcados: frente a la música de **Mariel Mariel** se experimenta todo lo opuesto a la quietud de la trova. Prima en sus canciones y en su puesta en vivo buscar la atención del oyente a través de un despliegue de recursos enfáticos, casi como golpes sonoros (y visuales) que impiden cualquier distracción. Todo aquello vuelve especialmente atractiva la oferta pop de Mariel Villagra (Santiago, 1981), en la que composición y mensaje ocupan un talento tan cautivante como el que se invierte en la producción: importa qué se canta pero también cómo se hace y se muestra. Así, lo que nos llega al oído ha pasado antes por una serie de decisiones creativas que vuelve al producto final algo efectivamente incomparable.

Llegar hasta ese punto ha sido un recorrido en vaivenes, creativos, identitarios y geográficos. No es tanto el rango cronológico, pero sí enorme la distancia musical entre su primer disco, *No me despierten!* (2007), y el más reciente, *La batalla* (2022). Inspiración jazz y rock en el primer caso (y también de balada hispanoamericana, considerando su difundida versión para “La gata bajo la lluvia”); electrónica y Afrocaribe en el segundo. Ha sido como un progresivo desperdiciarse, no sólo en el sonido sino también en las letras, a veces de sugerente invitación erótica («fue un verano peligroso / tu sabor me hizo efecto / y sudamos, sudamos, sudamos / y así comenzó...», canta Mariel en “En la cancha”) o de autoafirmación feminista (como la de “Flow violento”, a dúo con Flor de Rap). Llegar a grabar una canción a favor de la lucha colectiva junto a una leyenda nacional como Cecilia (“Sacar los tambores”), y a la vez vincularse a referencias continentales del canto femenino, como la colombiana Lido Pimienta y la mexicana Natalia Lafourcade, habla de metas ambiciosas pero también del rigor con el que se cuenta para alcanzarlas. Parte de ese camino venía forjándose con ella desde la infancia, cuando tener cerca el talento musical de su padre, Pedro Villagra, se volvió parte natural de su formación. Pero tuvo un salto con su mudanza a México, en 2008, donde no sólo ajustó un nuevo estilo, más extrovertido y bailable, sino también se sometió a las exigencias de un mercado pop altamente competitivo. Hoy, asentada en Valparaíso, creación, maternidad y conciencia social consiguen enlazarse en su rutina sin contradicciones. Fundamental en esa identidad ha sido su trabajo junto al colectivo La Matria, que ella misma contribuyó a fundar, y que no cesa hasta hoy en la organización de actividades que enlazan música, mujeres y grandes audiencias. Su definición es un manifiesto: «La Matria es colectivo y ruta de aprendizaje entre amigas que amamos la música como plan de vida, y que queremos que todo lo que involucra esa pasión tenga siempre el mejor escenario posible. Porque hay tanto que decir y que corear, y que gracias al baile incesante será más amable para quienes hasta ahora la han tenido dura e injusta. Yo me la creo: ya estoy entregada».

12



13

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

LUZ ELIANA

#bigband
#nuevaola
#divas

El recorrido de voces chilenas por la senda de la música vocal negra es contundente, aunque breve. Blues, soul, funk y ciertas derivas del jazz no han sido los cauces más transitados por los vocalistas de nuestro país, y por eso el nombre de **Luz Eliana** (Quilpué, 1939) destaca en la doble condición de su talento pero también su atrevimiento de avanzada.

Ya a inicios de 1961, aún vestida de colegiala, Luz Eliana Barraza buscaba divulgar en auditorios y estudios radiales su temprano interés en la música en inglés que entonces la cautivaba; la de Aretha Franklin, Ella Fitzgerald, Shirley Bassey y el trío The Supremes. Así, cuando la Nueva Ola quiso incorporarla a su marea, la joven tenía ya un cierto estilo distintivo, orquestado e internacional, aplaudido y apoyado por los nombres entonces más influyentes para la música popular chilena, como los del arreglador Roberto Inglez, el productor Camilo Fernández, el pianista Valentín Trujillo y el locutor Miguel Davagnino. En 1968, la buena recepción hacia su propuesta quedó confirmada con su primer lugar en la competencia internacional del Festival de Viña del Mar (defendiendo la canción "Palabras", a nombre de España, y que luego llevó al Festival de Benidorm). Destacaría sobre ese escenario otra vez con la ágil y orquestada "De cara al viento" (tercer lugar en 1977).

Entre sinsabores que motivaron retiros y retornos avanzó su carrera durante los años 70 y 80, acogida primero al interés genuino de revistas juveniles y más tarde al de la televisión. En 2001, una invitación del Festival de Viña a intérpretes de la Nueva Ola la convenció de reactivar su trabajo en vivo. Desde entonces su actividad ha sido esporádica pero persistente, siempre cercana al canto orquestado de *standards* de jazz, con nuevas apariciones como solista de las agrupaciones New Jazz Trío o Los Andes Big Band, ambas con exigentes músicos a bordo.

14



15

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

LAS ENTONÁS

#colectivo
#tradición
#conciencia

Más que como conjunto, prefieren presentarse como un «colectivo». La palabra sugiere el trabajo de todas sus integrantes en igualdad de condiciones, sin jerarquías entre ellas y en permanente contacto con audiencias amplias, fuera de circuitos de entendidos o espacios de élite. Las seis mujeres que desde 2019 conforman Las Entonás se conocieron en ruedas de cantores del sector poniente de Santiago, y, por eso, se hace coherente que su trabajo mantenga el apego a la colaboración, la calle y la tradición. Buscan con sus cuecas urbanas o centrinas («aunque ojalá sin apellidos») ser fieles a ese mundo popular al que tributan, y a la vez, del que provienen.

Su camino en la música ha sido «de ir aprendiendo en la práctica», como describe Danae Vargas, cantora, compositora y panderista del conjunto. Junto a sus compañeras —Zofía Varas, Alejandra Rodríguez, Cecilia Oyanadel, Estefanía Ávila y Colombina Chandía— se suman a la fuerza inigualable de la cueca brava conscientes de que ésta exige de investigación sobre su historia y sus cultores, así como la búsqueda persistente de repertorio. Saben que el género se trata de canto, pero también de baile y poesía popular. La cueca además les ha permitido encauzar su inquietud social por la denuncia de injusticias en nuestro país: «Mal que mal, nacimos casi junto al estallido», recuerdan.

De a poco, sus presentaciones se han ido poblando con composiciones propias, en letra, música y arreglos. Las Entonás pisan sobre un terreno en el que por mucho tiempo se protegió a la cueca urbana como un intercambio exclusivo entre hombres. Pero las orienta una obstinada persistencia, respetuosa con quienes las han antecedido y rigurosa con el repertorio que buscan divulgar. Han llevado ya décimas, coplas y cuecas a festivales como Woodstaco 2023, en Parral. «Lo que más queremos transmitir es una música vinculada a las experiencias de las mujeres. La experiencia de nuestras abuelas, de las trabajadoras, de una ciudad que se mueve en transporte público... lo que vimos en nuestras familias creciendo en barrios periféricos», describe Danae. La suya es una cueca vivencial.



16

17

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

MALICIA

#sur
#electrónica
#colectivo

Electropop desde la Región de los Ríos. Ya tan sólo esa distinción geográfica despierta la curiosidad sobre Malicia, banda nacida en Valdivia a mediados de la década pasada. Pero hay otras muchas particularidades que permiten entenderla como una propuesta novedosa: formación paritaria (hoy con Melisa Toro, Belén Rojas, Pablo Mura y Alejandro Vera; también estuvo Catalina Vásquez en la fundación); experiencia de sus integrantes en campos creativos como los de la arquitectura e ingeniería en sonido; cuidado trabajo visual que hace de cada fotografía, video y concierto un diseño en sí mismo, tan provocador como estimulante. «Se da de manera muy auténtica —describe Melisa Toro, su vocalista—. De niña vi la música como un juego, y luego mi formación fue de arquitecta, que es una carrera que te da herramientas visuales. Desde ahí nutro el trabajo con Malicia, pensando en que lo que escucharnos en vivo sea una experiencia completa, que pueda degustarse por el oído y también la vista».

Su single 2022, “Mirror wild”, es una descripción bilingüe de un entorno natural cercano y determinante: «Bailando las olas / me envuelven las horas / Mi cabeza implora / Yo creo mi realidad / Emergen versiones / de sombras, colores / Esteros llorones / de tanta nubosidad.» Son sugerencias y atmósferas que ya estaban, de otra forma, en las canciones de su primer álbum, *Danza circular* (2018). Música para el baile levantada sobre secuencias programadas e instrumentos orgánicos; como expresión íntima, contemporánea y atrevida («un electropop parecido al de Miranda de principios de década, pero que nos envuelve en un sonido *dream pop* con una dulce voz y letras honestas», lo describió el sitio Solo Artistas Chilenos al elegirlo como uno de sus discos favoritos del año), y que la banda pudo llevar a conciertos en Montevideo y Buenos Aires. “Cuando te veo bailar” parte delicada y crece eléctrica, hasta prender la alerta de quien escucha sobre la posibilidad de que el movimiento del cuerpo con la música sea capaz de disolverse «en el espacio y el tiempo».

No es frecuente encontrar en la música pop esa confluencia entre cuerpo y conciencia; movimiento y reflexión. Junto a ello, la distinción de género convertida en alerta consciente. Melisa es parte de la organización del Festival Lluviosa, una convocatoria para solistas o bandas de mujeres activas en el sur de Chile, nacida luego del estallido social y ya con dos ediciones orientadas a fortalecer redes de trabajo y ubicar la protección de la Naturaleza como causa intrínseca a su convicción feminista y descentralizadora. Es un festival que ha podido levantarse con trabajadoras ciento por ciento mujeres: en las bandas y solistas invitadas, pero también en los equipos de producción y técnica a cargo. «Si ya estamos juntas, no vamos a soltarnos», establecen. Por eso, en noviembre de 2023 Lluviosa tendrá su tercera edición.

18

19



— Fotografía: Archivo personal de la artista.

SLOWKISS

#rock
#electricidad
#festivales

En parte, la historia de Slowkiss es la de la persistencia de su fundadora, la cantante y guitarrista Elisa Montes (Bilbao, 1985). Desde que llegó con su familia a Chile, a los 10 años de edad, su trayectoria en la música ha sido la de una intérprete precoz y creadora convencida, quien afirma en esta banda un recorrido largado en la adolescencia junto a otros y muy diferentes grupos, como Supernova o el trío rockero Espartaco. Es, también, la de la convicción en el valor de la asociación musical entre mujeres: la historia de Slowkiss registra, entre varios cambios de integrantes desde 2014, el oficio de bajistas como Victoria Cordero (antes en Reina Morsa, también solista bajo el seudónimo Círculo Polar), Thirza Castillo (Reversa), Felicia Morales y Natalia Díaz (Adelaida). Se trata de algo por completo intencional: «Desde siempre quise tener un grupo de rock con más mujeres para darnos visibilidad en el rock pesado, exponer nuestra realidad, conectar con otras mujeres y tener una banda con la mezcla perfecta entre fuerza y sensibilidad, entre lo femenino y lo masculino», explica Elisa.

Como «una banda del siglo XXI con escuela en el rock de los años 90» describe la enciclopedia MusicaPopular.cl al grupo que en 2019 publicó su primer LP, *Patio 29*. Se escucha ahí un sonido rockero sugerente y nada convencional, acomodado en un canto en inglés para letras casi siempre de Elisa Montes, acorde al de sus influencias (Sonic Youth, Deftones, Smashing Pumpkins) y atractivo para los varios países en los que hasta ahora han podido mostrarlo en vivo y en disco (Argentina, Estados Unidos, gira europea en 2022). Decididos a defender «un sonido propio», Slowkiss mostrará en 2023 no sólo un nuevo álbum, *K.O.*, sino que también una agenda orientada a poder internacionalizar aún más su música y ojalá llevarlos a radicarse en Europa, donde ya tienen confirmada una gira. Su expresión muestra fuerza y ambición.

20



21

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

YORKA

#denuncia
#pop
#fraternidad

«La profesora que conquista escenarios», presentaron una vez en un medio a Yorka Pastenes (San Bernardo, 1990). La descripción es atípica pero certera: componer y difundir sus propias canciones partió como un desvío profesional para quien en horario laboral tenía a cargo la clase de Música de escolares, de diferentes niveles, en sucesivos colegios de Santiago.

Si antes Yorka era la profesora que hacía música, hoy es probable que se la conozca como la cantante que hace clases (dejó las aulas de colegio en 2021, pero se mantiene dictando talleres de composición y autogestión). Su compromiso con la cantautoría es tan firme como para tener ya cinco discos publicados (*Canciones en pijama* fue el primero, en 2013; *Chao* es el más reciente, de 2022), en un avance sobre el que ya no hay dudas y al que se ha sumado su hermana, Daniela (San Bernardo, 1996), también titulada de Pedagogía en Música (a ese dúo central se acoplan los tres músicos de una banda estable de acompañamiento). Los juegos vocales entre ambas para composiciones pop de sonido y versos propositivos han seducido a audiencias crecientes e incluso a radios y redes. Es posible vincular sus canciones con un sentir generacional, que espera encontrar en la música chilena la extensión de debates sociales más amplios; sobre feminismo, equidad o un nuevo trato de cuidado interpersonal. Parte sustancial de la impronta musical de las dos impulsoras de Yorka es llevar todo ello a un público masivo, como hicieron en febrero pasado cuando llevaron hasta el triunfo del Festival de Viña su canción “Viento”, dedicada a su padre fallecido. Su repertorio está ocupado por descripciones de la vida cotidiana, ancladas a la propia experiencia. Son canciones sobre las inquietudes de un Chile reconocible, de clase media, de estos tiempos y urgencias.

«No me gusta escribir sobre lo que no he sentido ni vivido, me inunda el cotidiano y me rebalsa su simpleza», define Yorka sobre sus focos y énfasis como autora. Junto a Daniela, ha conseguido darle amplio alcance a un sentido profundo de la fraternidad.

22



23

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

DENISSE MALEBRÁN

#cantautoría
#intimidad
#divas

Es esperable que el trabajo extendido junto a una banda termine por fundir la propia identidad con la de quienes trabajan en ella como asociados. **Denisse Malebrán** (Santiago, 1976), en cambio, ha conseguido la excepción de volverse distintiva como vocalista del grupo Saiko y, a la vez, como una cantautora solista de rasgos personales característicos, vinculados a las peculiaridades de su canto y de sus composiciones, pero también al modo en el que elige presentarlo desde el escenario.

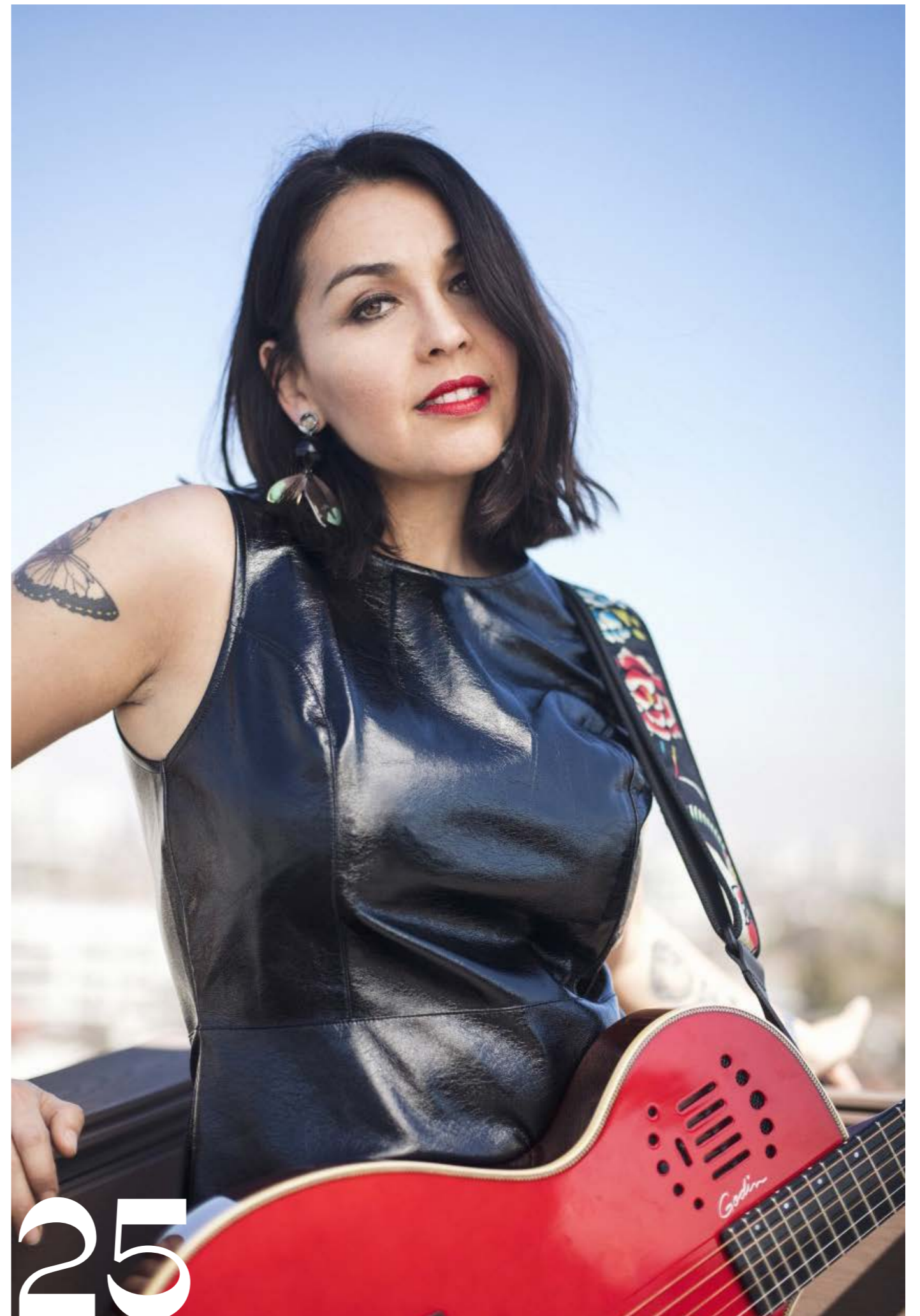
Sobre el compromiso con su banda no hay duda: ingresó a Saiko junto a su largada, en 1999 (ya contaba entonces con estudios de canto y la participación en los grupos Turbomente y Polaroid), y sigue allí más de dos décadas y seis álbumes después, incluso considerando un período de distancia que pudo haber sido definitivo. «Por personalidad, tiendo a buscar entre muchas cosas diferentes, pero nunca abandono lo colectivo: me gusta el trabajo con otros. Me gusta que lo que hago se complementa», define.

Sin embargo, su ruta como cantautora solista es también lo suficientemente firme como para poder autoabastecerse: ha dejado prueba de ello en cuatro LP (el primero, *Maleza*, en 2008; el más reciente, *Antípoda*, de 2020), pero sobre todo en un abordaje a la canción pop que puede permitirse el drama, la confesión y también los códigos de seducción que ella como auditora ha aprendido desde niña de sus divas de referencia «Por mucho tiempo tuve conflictos con mi rol de cantante —recuerda—. Me tomó mucho tiempo *creerme* cantante, incluso cuando Inti-Illimani me invitó a hacer con ellos *Canto para una semilla*. Crecí como desmereciendo el rol, quizás porque en mi familia todos cantan muy bien. Y entonces busqué validación en la autoría, pero sobre todo porque creo que lo que más me gusta es escribir; las letras son muy importantes. Creo que ahí está mi historia, mi verdad».

Podría ser todo ello parte de un diseño estratégico, pero en sus letras hay más bien pistas de que se trata de una búsqueda personal creedora y esencialmente honesta, como cuando en “Piezas” advierte la necesidad de «frenar, armar con paciencia, / un puzzle que se va a completar / Quemar, quemar, renunciar / a todo lo que intente imitar / Ya no puedo arrastrar, me tensan, / los hilos que manejan de afuera». Define: «Si bien en Saiko me ocupé de historias, mis canciones solistas son casi en un ciento por ciento autobiográficas. Y estoy muy contenta con esa apuesta, porque me representa».

Vestido de pop, el suyo es un canto de firme autonomía.

24



25

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

DE LEIN

#electropop

#baile

#sur

Es necesario verla y escucharla. Acaso sea su vínculo de muchos años con el teatro (desde los talleres escolares hasta la instrucción formal en el oficio en la U. Mayor y el Teatro Camino) lo que explica en **De Lein** una propuesta de visualidad desbordante, en diseño e incluso en sus gestos sobre el escenario. Sus videoclips son piezas sugerentes en los que nada parece dejado al azar: ropa, maquillaje, iluminación y colores puestos al servicio de canciones enfáticas, en las que voz y secuencias electrónicas conjuran una invitación al baile atractiva aunque casi siempre más bien oscura.

Desde su infancia y adolescencia en Chiloé, a Aline González (Ancud, 1996) le inquietaba la música de mujeres «atrevidas, rebeldes, por fuera del estereotipo femenino», tales como la neoyorquina Karen O (Yeah Yeah Yeahs), y también la propuesta pop ochentera a la que llegó gracias al gusto de su padre. Se propuso ya entonces probar suerte en un campo artístico en el que no contaba con contactos ni referentes cercanos. Se mudó a Santiago en 2011, y cinco años más tarde llamó la atención en un concurso televisivo de talentos ("The Voice"). Para 2021 ya era parte del cartel de la edición estadounidense del festival Ruido Fest, en el Union Park de Chicago. Sonaba para entonces su tema "Por las noches", el con más reproducciones de su trayectoria hasta ahora; una canción nocturna y de impecable electrónica pop que expresa sin angustia la ansiedad de un deseo instatisfecho (uno de los muchos cautivados con ella fue el cineasta Pablo Larraín, quien incluyó el tema en la banda sonora de su filme *Ema*). Podría ser el canto de una mujer solista anclada a su recorrido individual, pero De Lein entiende su trabajo en la música como uno de lazos colectivos. Es fundadora y directora del sello discográfico T3MPLUM, el que ha acogido los debut solistas de nombres como Inad, Mariana Montenegro y Ana Sofía; entre otras mujeres con quienes se siente unida en una sensibilidad y foco de solidaridad femenina, vinculada al pop y la electrónica.

26



27

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

LIZZ

#urbano

#sur

#baile

«Que sea Dios quien te juzgue a ti por hacerme llorar / Te aprovechaste de mí, pero esto llegó a su final... / Lo vas a extrañar». La letra de la canción “Tengo que olvidarte” toma firmemente las riendas (femeninas) de una relación que no va bien, pero es por lejos una de las más suaves en el trayecto discográfico de Lizz hasta ahora. Más atrevida suena ella en “Mercurio lento” («... igual en todas las fotos siempre salgo bien»), y ni hablar de “Papi, dame lo que quiero”. En dos idiomas, “Chacal” —un tema suyo que escaló hasta la banda sonora oficial de la serie *Élite*, de Netflix— la autodefine «counting money like mad / I’m the real Queen Chacal». Es sexo, es poder y es conquista. La música que Elisa Espinoza (Hualpén, 1992) elige hacer bajo el seudónimo de Lizz (también DJ Lizz o Lizz LOv3) es como la de un personaje de un mundo paralelo al de nuestra rutina cotidiana: una mujer que sale a ganar, en todos los planos, y que intimida desde un lugar visualmente llamativo; de ropa ajustada, maquillaje dramático y uñas *extralarge*.

Compositora e intérprete de sus canciones, las ideas que ha ido tomando de géneros urbanos y de sonidos maquinales le ayudan a moldear singles enfáticos y seductores, disponibles desde su primer EP, en 2016. El resto lo hace el cuerpo, que debe moverse e invitar, golpe a golpe, pulso a pulso. La etiqueta *neoperreo* suele asociarse a su música, aunque a ella le agrada más el nicho —más ambicioso— del «Latin future». Antes de la música, para esta joven nacida y criada en la Región del Biobío estuvieron los estudios universitarios de Lengua inglesa y Literatura e Historia del Arte, en Oxford (Inglaterra) y en Santiago. Y luego hubo años de fiestas y tareas tras la tornamesa, como discjockey. Eran intercambios privilegiados para estar al día con nuevas tendencias y probar en vivo sus efectos. Pudo así ir levantando con seguridad un repertorio propio, que no tardó en cautivar oyentes y, además, colaboradore/as (ha trabajado ya con Tomasa del Real, Albany y Ceaese, entre otras figuras), tanto en *streaming* como en el escenario de importantes recintos y festivales. «El respeto me lo tuve que ganar», ha dicho sobre la aceptación hacia su trabajo. Es una conquista que Lizz no está dispuesta a descuidar.

28



29

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

EDITA ROJAS

#ritmo
#rock
#colectivo

No debiese llamar la atención, pero ahí está, como una provocación en sí misma: una mujer en la batería de una banda de rock. **Edita Rojas** (Santiago, 1978) sabe que su lugar sobre el escenario puede despertar, entre quienes no la conocen, el escepticismo o acaso una inicial sospecha. Pero eso dura hasta que comienza la música. Sus brazos no van a dejar lugar a dudas: quien toca es una profesional.

«La mujer del tiempo», la llamó una vez *La Tercera*. Tiempo entendido como pulso, ritmo, pauta precisa. Está en su interpretación pero, acaso, también en su plan de vida. La música era vocación clara en ella desde la adolescencia, y descubrió que ensayando sobre una batería se sentía mucho más cómoda que en intentos previos con la guitarra. Comenzó entonces con clases formales, que al poco tiempo la dejaron durante seis años como alumna de nada menos que Sergio *Tilo* González, y más tarde la llevaron —aunque brevemente— a estudios de percusión clásica en la Universidad de Chile y en la Escuela Moderna. Su recuerdo del cruce entre música y academia es agrisulce. Por un lado, el valor del oficio y el rigor (recuerda a Mario Baeza como un profesor relevante); por otro, una formación precaria en lo creativo, según describe.

Su primera sociedad importante, *Indygo*, la ocupó en formato de cuarteto y sonido rockero por ocho años y un álbum. Fue entonces que conoció a Carlos Cabezas, quien la invitó a integrarse a su banda acompañante cuando ella tenía 23 años, y a la larga terminó por sumarla también a la reformación de *Electrodomésticos*. Junto al histórico grupo, Edita ha conseguido probar la validez de principios fundamentales: interpretación al servicio de las canciones (y no al revés), trabajo en equipo, integración del golpe y la tecnología, ritmo como orientación creativa. Son pautas que también ha puesto en práctica en su tiempo junto a *Mamma Soul*, *La Tole Tole*, *Fuma* y *Baila*, la banda de Juan Ayala o shows de *Natisú*, entre otras colaboraciones. Cuando es persistente, la vocación en la música nunca puede descuidar el pulso.

30



31

PATRICIA FRÍAS

#balada
#festivales
#intimidad

Su nombre se asocia de inmediato al mapa de la balada chilena con mayor difusión en la segunda mitad de los años 80, aquél de televisión y grandes festivales. Pero es un territorio más extenso que ése el que **Patricia Frías** (Santiago, 1966) ha recorrido durante su trayectoria, tanto como intérprete de voz distintiva como también compositora de canciones de intensidad sentimental empáticas con la audiencia, las que hemos conocido en su voz o en la de otro/as cantantes.

Es cierto que primero estuvieron las cámaras, enfocadas para un segmento de competencia entre nuevas voces del programa "Sábados Gigantes". Era un espacio que, aunque discreto, aseguraba entonces una sintonía auténticamente masiva para un canto que parecía el de una consagrada, entrenado desde pequeña en casa junto a su padre a partir de las exigencias de tangos y boleros. Poco después, su interpretación de una canción de Whitney Houston en el programa "Éxito" precalentó la buena recepción que más tarde se haría imparable en festivales: pisó la Quinta Vergara por primera vez a los 20 años (defendiendo en 1988 el tema "A veces", de Reinaldo Tomás Martínez, que quedó con el tercer lugar y la gaviota a mejor arreglo, y además otro reconocimiento para ella como artista más popular), y luego no paró de recibir invitaciones de competencias similares en todo el continente. De esa primera etapa se recuerdan canciones a su nombre como "No fue mi culpa", "Estoy enamorada de ti", "Para querernos" y "Amor de empresa". Llegó a participar de seis festivales internacionales como representante de nuestro país, y en todos ellos obtuvo premios como mejor intérprete, «siempre con títulos de amor difíciles de cantar», destaca.

Clases particulares de canto y citas esporádicas en televisión y festivales la mantuvieron ocupada durante los años 90, una década que le resultó particularmente ardua por dos accidentes automovilísticos que afectaron gravemente su salud. Pero, tal como ella reconoce, «la música es sanadora». Frías es una intérprete activa hasta hoy, en recitales a solas, como parte de espectáculos de recuerdo de los años 80, o en su compromiso con el dúo Rosas Frías, que ha consolidado en disco y en vivo su extensa amistad con Alejandro de Rosas. Allí también hay varias composiciones suyas. Al fin, el canto romántico es como un músculo que ella no se cansa de ejercitar: «Es maravilloso escribir una canción crear música y plasmar un sentimiento», describe.

32



— Fotografía: Archivo personal de la artista.

ROSARIO ALFONSO

#cantautoría
#intimidad
#cuerdas

Los dos álbumes publicados hasta ahora por **Rosario Alfonso** (Viña del Mar, 1991) tienen títulos que servirían para describir con agudeza las decisiones en torno a su trayectoria en la música. *Lo primero* (2018) y *De canciones tristes y otras sutilezas* (2022) son definiciones elocuentes de un sonido que ella trabaja desde lo esencial, lo melancólico y acaso lo precario, pero como si todo eso aportara ventajas distintivas, no obstáculos que superar. Como compositora e intérprete, esta viñamarina educada en La Serena y residente en Santiago parece orgullosa de compartir reflexiones íntimas que no necesitan de mucho más que su voz quieta y rasgueo tranquilo sobre las cuerdas acústicas (su banda actual incluye a dos compañeros en el sello Uva Robot que la acompañan en voces, ukelele y contrabajo). En la canción “A la primera”, por ejemplo, Rosario describe un amor ya resignado al inicial impulso de su contraparte a no acusar recibo, «porque yo quiero que tú me quieras / y si no quieres, no desespero / y no me importa si no resulta a la primera». “De haber sabido”, su tema con más reproducciones en línea, comparte una pena amorosa que ya no busca repartir culpas, simplemente porque «pequé de ignorante o de inocente /... quizás de indecente (¿qué tanta weá?)». Quien no pueda identificar al menos latelaramente en su currículo amoroso sentimientos como esos merece verse con sospecha.

Existen en el mundo canciones personales que parecen sermones sobre lo que es correcto. Otras, que impostan una autoestima que niega emociones genuinas de duda o debilidad. La honesta cantautoría de Rosario Alfonso gana en confiabilidad precisamente por su sencillez y ausencia de grandes objetivos, más allá de ser fiel al deber con un tipo de canción en extremo cuidada. En su música y en su vida, esa austeridad es un rasgo autoral: «Si le doy protagonismo a las letras, gana el sentimiento de la canción —cree—, y me parece que eso debe prevalecer por sobre cualquier arreglo: decir poco pero que signifique harto».

34



35

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

ISABEL PARRA

#cantautoría
#latinoamérica
#exilio

Más que el canto, ha sido la disposición a compartir un sentir ante el mundo y su propio lugar en él lo que ha guiado la trayectoria de **Isabel Parra** (Santiago, 1939); a estas alturas, voz de referencia no sólo del canto popular chileno sino también de las conquistas, dolores, obstáculos y profundos lazos que han definido a su generación en la creación con contenido y apego al gran público. Es dueña de una discografía extensa, como autora, intérprete y colaboradora de otros músicos. Larga ésta en su temprana juventud, aportando a la misión de su madre, Violeta Parra, en la divulgación de folclore chileno en singles locales y luego un LP en Europa (como «Los Parra de Chillán»). Continúa en el exitoso dúo que junto a su hermano Ángel volvió masivas canciones tradicionales de nuestra región, pero además mostró todo un nuevo modo de gestión independiente en torno a la música, con la administración de la ya legendaria Peña de los Parra, en calle Carmen de Santiago, espacio de acogida y estímulo —también sello discográfico— para lo que hoy conocemos como Nueva Canción Chilena.

Y al fin está Isabel Parra como autora, una vocación que en su caso no fue inmediata (sus primeras grabaciones están ocupadas por composiciones de su madre —en algunos casos, con su propia musicalización— y otros créditos latinoamericanos), pero que ya desde el álbum *Cantando por amor* (1969) en adelante consiguió mostrar la sensibilidad particular de una creadora sin comparación en el medio. Su hermoso y diáfano timbre de voz, la vehemencia de su canto y la fidelidad hacia el rasgueo del cuatro venezolano en sus manos, la curiosidad adelantada hacia lo que en simultáneo desarrollaba la cantautoría de Cuba y Venezuela, y al fin la sensibilidad inteligente de una mujer son rasgos que brillan no sólo en sus trabajos publicados durante los años de la Unidad Popular en Chile, sino también en lo que se conformó como su canto de exilio, desarrollado sobre todo en París, y con títulos suyos que pueden estudiarse en sí mismos (“Ni toda la tierra entera”, “Tu voluntad más fuerte que el destierro”, “En la frontera”) como síntesis de los sentimientos de nostalgia, denuncia y desolación que acompañaban a quienes entonces la dictadura les prohibía el regreso al país. El total de su trayectoria enlaza su nombre en grabaciones y presentaciones a pilares de la música de nuestro continente, como Silvio Rodríguez, Daniel Viglietti, León Gieco, Luis Advis, Inti-Illimani, Quilapayún, Los Jaivas y Sergio Ortega.

El trabajo de Isabel Parra es incansable y constante. Desde el año 2000 ha publicado varios nuevos discos solistas, a la par de mantenerse como directora de la Fundación Violeta Parra. Libros suyos como *El libro mayor de Violeta Parra* y *Ni toda la tierra entera* constituyen referencia para seguidores del canto chileno e investigadores.



36

37

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

PAZ COURT

#cantautoría

#divas

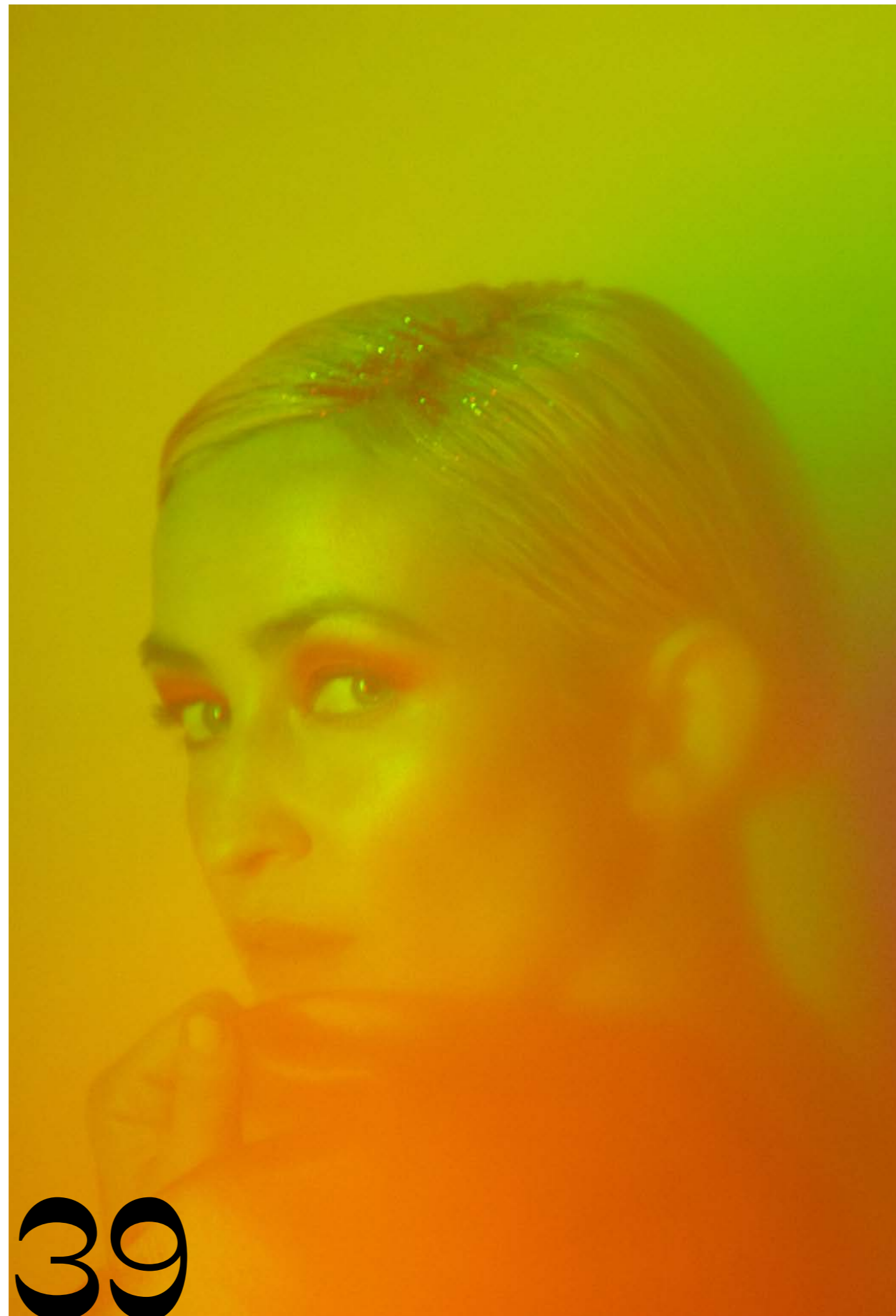
#intimidad

Muchas de las canciones de **Paz Court** (Linares, 1985) van más allá de lo que entendemos por romántico: suenan coquetas, enamoradas, sexies, como rara vez lo hacen las canciones compuestas en Chile. Para hacerse una idea: «... enredémonos los cuerpos como gatos / y pasemos la mañana devorándonos». Eso estaba en *Cómeme* (2015), su muy recomendable primer álbum con composiciones propias; y era esperable que su carrera de allí en adelante siguiera por una senda de pop así de seductor, amable y colorido.

Pero los años traen inquietudes y lecciones, sobre todo para quien se ubica frente a la música en un lugar de constante curiosidad. Así, el trayecto de Paz Court en el canto parece interesante, en parte por lo atípico: formación inicial (y temprana) como vocalista de jazz, cruce a una electrónica suave junto a sus compañeros de la banda Jazzimodo; abrazo convencido al pop, en el trío Tunacola; y la decisión de abrazar ambiciosos proyectos escénicos (“Divas del cine”, “Los viudos de Marilyn”), en los que la cantante se asumía como un personaje de capacidades múltiples. Eran cambios que la mantenían en una autoexigencia constante frente a sus capacidades y también los prejuicios de convenciones ajenas, a los que decidió enfrentar acompañada de músicos de oficio —llegó, incluso, a trabajar tres años en vivo y en estudio con una orquesta propia (La Orquesta Florida)— que le obligaban a su voz a adaptarse a códigos de secuencia o de partitura.

Y entonces vino *La fuerza*, el LP que Paz Court presentó en 2020, ya radicada en Ciudad de México (donde aún reside y prepara para este año un nuevo álbum, desde una lógica de colaboración entre naciones y cantautorías latinoamericanas). Su single “Pajarillo negro” es suficiente para comprender el gran giro que ese disco representaba en su trayectoria: un tema de citas folclóricas pero, sobre todo, sombrío y profundo. La cantante multicolor quedaba atrás, con un proyecto autoral alrededor del dolor. «He cambiado de lugar tantas veces», define ella, sin conflicto con esa multiidentidad. La música de Paz Court es, entre otras cosas, la de la reinención como búsqueda y deber.

38



39

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

NATALIA RAMÍREZ

#jazz
#colectivo
#canto

Destacó primero como vocalista y mujer al frente de la orquesta de ska y jazz Santiago Downbeat, con la cual aprendió las dinámicas de la música profesional, publicó dos discos e incluso llegó a presentarse en vivo en Europa. Pero **Natalia Ramírez** (Santiago, 1989) es una solista capaz de sostenerse como tal, sobre el escenario y en un trabajo discográfico que no sólo tiene ya un álbum propio (*Blue skies*, 2017), sino que también otro en conjunto con instrumentistas de enorme prestigio (los guitarristas Federico Dannemann y Marcelo Salinas, y el contrabajista Milton Russell fueron sus compañeros en *Swing song bossa*, 2020), y un dúo junto a una figura de la música chilena tan referencial como Valentín Trujillo (*Cosas del alma*, 2018). Ello habla de su capacidad para establecer alianzas con instrumentistas de oficio, su disposición a buscar un repertorio que le resulte cómodo —en general, de estándares chilenos y extranjeros— y su voluntad de llevar su canto a las alturas de los clásicos.

Comenzó a cantar en la adolescencia, como parte de los coros escolares Crecer Cantando, acogidos al Teatro Municipal de Santiago, y en un inicio ocupada en obras vocales de grandes compositores europeos. Cuando tuvo que decidir su vocación adulta, una audición la dejó con beca parcial en Projazz. Fue como abrirse a un mundo nuevo de colaboraciones y referencias. No tardó en establecer lazos con agrupaciones como Santiago All Stars y La Mano Ajena. Pero persistió en su sueño de llegar a presentarse junto a conjuntos adaptados a su estilo, cómoda con todo aquel repertorio que, en sus palabras, «conecte desde el amor y resalte lo positivo». Al fin, su compromiso con el canto es una doble labor de técnica y de gestión, pero también de un posicionamiento más profundo ante el mundo: «Las mujeres nos desarrollamos en múltiples espacios. En mi caso, como docente, gestora y cantante busco plasmar en quienes me siguen y conocen la importancia de ser felices haciendo lo que amamos, aunque el camino sea dificultoso».

40



41

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

PALOMA MAMI

#divas
#mestizaje
#baile

Se hace extraño asociar la palabra 'fenómeno' al trabajo musical. Quien compone, interpreta, toma decisiones creativas y desarrolla ideas para mostrar todo ello en vivo es un/a profesional que atiende racionalmente al mejor modo de orientar sus sueños en un camino de ascenso que, sabe, se encuentra lleno de obstáculos. **Paloma Mami** (Nueva York, 1999) tuvo que trabajar y hacer muchas apuestas antes de caer en cuenta de que era presentada por los medios como un «fenómeno», como si lo suyo respondiera tan sólo a la suerte o a fuerzas inexplicables. Es cierto que su instalación fue rápida, casi explosiva. En 2018, el austero video para su single "Not steady", con letra en español y en inglés, acumuló reproducciones con la velocidad del rayo. En cosa de meses, Paloma Mami ya contaba con récords asombrosos, como ser la cantante chilena hasta entonces más escuchada en la historia de Spotify, por ejemplo. Tenía 19 años.

Su historia previa era la de una hija de un matrimonio chileno afincado en Nueva York (Paloma Castillo es su nombre civil), ciudad en la que obtuvo una educación bilingüe y de privilegiado estímulo cosmopolita. En Chile, tuvo un breve paso por el programa de TVN "Rojo, el color del talento", pero su decisión de trabajo ya era entonces la de una solista ambiciosa, hábil para captar el sentir de su tiempo y generación hacia un nuevo tipo de sonido mestizo, que expone los vaivenes del romance y deseo juvenil valiéndose de los recursos de la tecnología, el *flow* latino y la autopromoción en redes sociales. Antes de tener todavía un LP, "No te enamores" y "Fingías" asociaron su nombre al de singles-bombazo, que si a distancia era admirada, en vivo podía despertar una ansiedad incluso riesgosa. Su turno en un escenario pequeño del festival Lollapalooza-Chile 2019 exigió medidas extra de seguridad. «Pero más allá de la tensión, el primer gran encuentro de Paloma Mami con la audiencia local tiene saldo positivo: su carrera hoy no tiene techo y a su popularidad sólo le queda seguir ampliándose», concluyó al día siguiente el diario *La Tercera*.

Ese «seguir ampliándose» se ha concretado en los últimos dos años con marcas internacionales vistosas, como una composición con créditos compartidos con Rosalía ("Goteo"), un single a dúo con Ricky Martin ("Qué rico fuera"), un álbum con promoción continental y ventas de "Disco de oro" en Estados Unidos (*Sueños de Dalí*, 2021), y el contrato como rostro publicitario de conocidas multinacionales. La chileno-estadounidense es una artista con residencia extranjera y metas globales. Lo que otros llaman fenómeno, para ella es plan de trabajo.

42



43

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

IRENE LLANO

#pop
#canto
#escenario

La conocimos por televisión, en tiempos en que la canción chilena debía ser una propuesta amable, sin estridencias, destinada a una audiencia intergeneracional. Entonces **Irene Llano** (Santiago, 1960) era una voz pop, capaz de llevar versos románticos a ritmos bailables, que ella misma defendía sobre los escenarios con canto y baile, gracias a sus estudios en ambas disciplinas. Temas como “Promesa de amor” y “Enamorándonos” mostraban su capacidad de llevar la balada a campos en los que quedaba en evidencia su gusto por las tendencias radiales anglo. Eran los tiempos en que un segmento de “Sábados Gigantes” especializado en nuevas voces le permitía al país ponerse al tanto de nuevos talentos y repertorios. En ese contexto, y como compañera inicial de gente como Myriam Hernández, Luis Jara, Sebastián y Patricia Frías —entre muchos—, Irene Llano valora una plataforma juvenil que les dio a ella y sus compañero/as autonomía para definir su propuesta ante grandes audiencias.

«Siempre es difícil encontrar un estilo, y en mi caso me di cuenta de que llamaba la atención lo de cantar y acompañarme con ballet, o ir de la balada al pop... porque era algo novedoso para la televisión de entonces —recuerda—. Buscaba referencias en lo que hacían Gloria Estefan, Olivia Newton-John... Me gustaban los arreglos modernos. Hasta hoy, creo que la música de los 80 tiene mucha riqueza melódica y de ritmo, y entonces todo el repertorio de esa época me servía para poder armarme; inspirarme a actuar, bailar».

Su popularidad, junto a estudios formales de Teatro en la Escuela de Fernando González, la impulsaron además a desafiarse como actriz. Es ella en los archivos de las teleseries “Fácil de amar”, “Champaña” y “Santiago City”; en la película *Valparaíso* (1994), y en episodios de telefilmes como “Lo que callan las mujeres” o “Pasiones”. Diferentes facetas para una trabajadora del espectáculo que hasta hoy se define como «cantante y actriz», y que ha podido conjugar ambas experiencias en diversos proyectos de teatro musical, como el estreno que prepara para 2023 con ensayos, ajustes de guión y adaptación de canciones del grupo Abba.

44

45



— Fotografía: Archivo personal de la artista.

FRANCESCA ANCAROLA

#latinoamérica
#cantautoría
#fusión

Doce son hasta hoy las producciones discográficas en solitario de Francesca Ancarola (Santiago, 1968) de las cuales tres fueron reconocidas por sus pares con el premio Altazor: *Pasaje de ida y vuelta*, *Lonquén - Tributo a Víctor Jara y Arrullos - Canciones de Cuna Latinoamericanas*, este último un proyecto junto al músico argentino Carlos "Negro" Aguirre.

Referirse al trabajo de Francesca es hablar de una de las influencias fundamentales de nuestra música posterior a la Nueva Canción Chilena. Es cultivadora de canciones que manifiestan la madurez de un largo viaje en la escena musical, conectándose con una búsqueda que también transita por los temas sociales, la defensa de los derechos humanos, y la preservación del medio ambiente y sus pueblos originarios.

Sus creaciones habitan el folclore latinoamericano, abrazando el jazz con una delicadeza elevada y, al mismo tiempo, cercana. En sus inicios, escuchar a Milton Nascimento la llevó a explorar sonoridades más allá de las convenciones. Violeta Parra y Víctor Jara han sido referentes permanentes en su corazón creativo; la intuición, la formación académica y el encuentro con sus pares, han sido pilares esenciales tanto desde sus inicios como en su posterior desarrollo como intérprete y compositora.

Licenciada en Música, fue alumna de composición de los maestros Fernando Carrasco y Cirilo Vila. Ha sido creadora, intérprete, productora y arregladora de la mayoría de sus álbumes musicales, a la vez que profesora e investigadora incansable de la voz y del arte de cantar. Francesca Ancarola siguió activa durante la pandemia lanzando tanto discos, como producciones audiovisuales. Actualmente reside en la zona del Maule, desde donde desarrolla su trabajo musical para Chile y el mundo.

46



— Fotografía por: Pablo Araneda.

RITA GÓNGORA

#divas
#jazz
#canto

El tipo de repertorio escogido para desplegar su voz ha sido una de las particularidades en la trayectoria de **Rita Góngora** (Santiago, 1945), cantante generalmente asociada al jazz, pero a la que desde sus inicios cabe ubicar en una ruta propia, más amplia, casi incomparable con la de sus pares en el país. Sin estudios formales, la escucha atenta a las mayores figuras del canto en inglés (Billie Holiday, Ella Fitzgerald) y la disposición a cargar su interpretación de una emotividad marcada la distinguían ya en su temprana juventud, y sigue haciéndolo hoy, cuando no ha renunciado a los escenarios ni las grabaciones.

Aunque sus primeras grabaciones (por ejemplo, “Pícaro, pícaro” junto a la Orquesta de Horacio Saavedra, en 1969) podrían haberla integrado a la generación de intérpretes juveniles agrupada en la Nueva Ola, el encuentro con el pianista Roberto Lecaros desvió su ruta: el jazzista la sumó a su Village Trío, y la ocupó en un repertorio cercano al jazz y la bossa nova. Conoció entonces un modo diferente de trabajo en la música, de rigor y valiosos lazos en la colaboración. Más que cantante pop, se asentó entre los entendidos como *lady-crooner*, cómoda en la cadencia del swing. Combinó en adelante los escenarios de clubes, teatros y hoteles —siempre junto a los más destacados músicos del medio jazzístico local—, con apariciones en televisión y clases como profesora. Su discografía ha sido tardía, pero consistente. Desde 2006 ha publicado tres álbumes: *Rita Góngora* (2006) se ocupa sobre todo en *standards* en inglés junto al trío del pianista Moncho Romero (la cantante hace una excepción impecable para el bolero “Contigo aprendí”); *En mi piel* (2017) la lleva a cantar también en portugués y en francés; y en “A mi Perú” (2021) se la escucha compartir pistas autobiográficas acaso desconocidas, vinculadas a su ascendencia por el lado paterno, a su crianza temprana en Lima, y a su gusto de siempre por cantantes como Chabuca Granda y por géneros irresistibles, como el vals criollo, el huayno y el landó. Esa precisa selección de repertorio es, también, marca de carácter.

48



49

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

KATY ERICES

#sur
#mestizaje
#sentimental

A veces, tan sólo una etiqueta inesperada puede ubicar de golpe el estilo distintivo de una cantante. Sucede cuando **Katy Erices** (1989, Angol) habla de su música como «ska cebolla desde Angol». Es una combinación imposible, pensará primero quien se entere; un salto de referencias geográficas impracticable. Hasta que, frente a la música, no quedará más que concederle el punto: el sonido cálido de su voz y de los bronces, la cadencia del ritmo que los ocupa, las letras sentimentales en cada canción, las referencias su-reñas en sus videos... sí son reconocibles en tradiciones jamaiquinas, anglo y latinoamericanas, que de pronto se encuentran de un modo mucho más cómodo del esperado. Es un atrevimiento que el oído incorpora como una fusión bienvenida.

Nacida y criada en el sur de Chile, para Katy Erices la música fue compañía temprana e irresistible. «Nací para cantar», recuerda ella sobre su espontáneo interés infantil, que más tarde orientó en estudios de Licenciatura en Música en La Serena, y de Pedagogía en Música en Santiago. Tuvo, también, un tiempo de instrucción en trompeta. Pero más que acumular títulos, en su caso se trató de una formación en la que «fui armándome una vida musical», en sus palabras; sin espacio para las dudas sobre su firme vocación, evidente ya en la adolescencia, «cuando componía canciones pero no se las mostraba a nadie porque creí que la música de desamor era vista como cursi».

Ejerce hoy como profesora en la Escuela Nahuelbuta de Angol, a cargo de la asignatura de Música para alumnos de 5º a 8º Básico, además de talleres instrumentales y de canto. En paralelo, aplica en sus propias composiciones una impronta profesional que incluye el trabajo junto a una banda de cuatro integrantes, y un disco de siete canciones propias (más un cover) publicado en 2019 con título elocuente: *Ya me aburrí*. La canción homónima es como un grito de hastío contra malos ratos, pesadeces, indiferencias de —ay— aquél al que se ama («es que no te das cuenta / que mi llanto enmascara / que te quiero conmigo feliz...»), cantada con una fuerza a la que nadie con corazón puede quedar indiferente. En el trombón de cada concierto y grabación está su marido, lo que convierte al trabajo en un asunto de familia que hace entender mejor letras como las de “Somos felices”: «Aún teniendo compromisos, dejamos todo atrás / y así seguimos, caminando / en brazos nuestros hijos, y cantando esta canción». Pero están también las canciones de claro y puro desamor, cantadas con un medido histrionismo que en el escenario recuerda al de divas clásicas, como Cecilia. Los conciertos son citas amplias, también de monólogo en torno a la historia de cada canción y despliegue de pistas autobiográficas. Al fin, se trata de sentimiento. «No puedo cantar lo que no siento», dice ella, y concede: «Aunque uno siempre le pone un poquito más».

50



51

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

ELISA AVENDAÑO

#sur
#raíces
#oralidad

El gran público la conoció de pronto —y contundentemente— cuando en septiembre de 2022 se anunció que era la merecedora del Premio Nacional de las Artes Musicales. Hasta entonces, la labor de **Elisa Avendaño** (Lautaro, 1956) había avanzado muy lejos de escenarios o de divulgación masiva para una labor más bien asociable a la investigación y el trabajo minucioso, anclado a su lugar de residencia, en una aldea de Paillanao, en Padre Las Casas. Toda su vida ha estado dedicada a la práctica y enseñanza del mapudungún a través de la música y la recopilación de material en terreno, con incontables talleres, charlas e incluso tres discos a su cargo. No es una autora ni una intérprete en el sentido convencional de esos términos, sino alguien que transmite historias, y que como tal contribuye a preservar tradiciones y rituales vitales para el pueblo mapuche y nuestra comprensión de éste.

Su labor le ha valido viajes a muchos países, y en 2008 ya había obtenido el Premio Santos Chávez a la «trayectoria artística de la mujer indígena». El reconocimiento mayor del Estado de Chile en 2022 se asentó en los fundamentos de «ser una de las voces más destacadas y activas de la música mapuche, que mantiene viva su tradición musical y es clave en la transmisión del mapuche kimün, así como en la cosmovisión de este pueblo», en palabras de la ministra Julieta Brodsky. Pero el Premio Nacional marcó con ella un hito significativo, por fuera de su trayectoria específica, al ser la primera representante de pueblos originarios (y la quinta mujer) en recibir el galardón creado en 1992.

«Hoy, en tiempos en que renace nuevamente el racismo, recibo este premio como una manera de revitalizar nuestra fuerza artística y cultural. Y lo recibo gracias a mi gente, a mi pueblo, a los mapuches, a los niños y los jóvenes —comentó Avendaño al conocer del premio—. He estado trabajando con mucha gente, especialmente con niños y jóvenes, y estoy convencida de que serán quienes van a levantar al país. Debemos hacer un trabajo mancomunado para crear una sociedad más justa, más educada y con la hermandad y el amor que hemos tenido siempre, para crecer juntos con nuestra identidad y nuestras culturas».

52



53

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

ÁNGELA ACUÑA

#partitura
#colectivo
#intimidad

En sus manos, un chelo; casi como extensión natural de su cuerpo. Así conocemos y recordamos a **Ángela Acuña** (Santiago, 1974) cada vez que su nombre circula entre el sinfín de colaboraciones que la ocupan y animan su trabajo en la música desde su temprana juventud, como parte de una familia con varios profesionales de las artes. Pero lo cierto es que el trabajo de esta ex alumna de la Facultad de Artes de la Universidad Católica, iniciada en clases de piano durante la infancia y más tarde integrante —como chelista— de la Orquesta Sinfónica Nacional Juvenil, cruza hacia terrenos mucho más amplios que la interpretación o la de los créditos en proyectos ajenos. Es compositora, con una obra tan extendida en música para cine, teatro y televisión que el total no alcanzó a caber en el disco que en 2011 ella misma publicó para ordenar parte de ese trabajo de encargos para audiovisual (*Caverna*). Pero además es cantautora, con un cancionero propio melódico y cuidado que puede escucharse en el sugerente *Música de Ángela* (2016), un disco con iguales dosis de rock y delicadeza que no deja lugar a dudas de su sello autoral. A mediados de la década pasada, su compromiso con la banda Malabia (también con Javiera Parra y Cristián López) la mostró cómoda en un formato pop de evidente vocación masiva.

Por sobre todo, su música se ha orientado desde la lógica de la colaboración; en varios casos, con asociados del más alto prestigio y los más diversos campos: Andrés Pérez, María Izquierdo, Sebastián Errázuriz, Rodrigo Sepúlveda, Cuti Aste, Constanza Fernández. La banda sonora trabajada en 2021 por ella y Camilo Salinas para el cortometraje *Bestia* tuvo privilegiada difusión internacional gracias a una nominación al Óscar para el filme. En proyectos colectivos, no es su oficio el que debe adelantarse, sino más bien la sabiduría de poner a éste en función de un resultado, «en relación con los otros creadores involucrados en la obra», define ella. «A veces tienes que acompañar, y a veces tienes que escuchar. Hay respiraciones, pulsos... una partitura visual. La imagen tiene su propia musicalidad, su ritmo, su narrativa, y entonces lo que a uno le corresponde es ir acoplándose hasta que la obra tome su propio ritmo».

54



— Fotografía: Archivo personal de la artista.

EMILIA LAZO

#mestizaje

#dúo

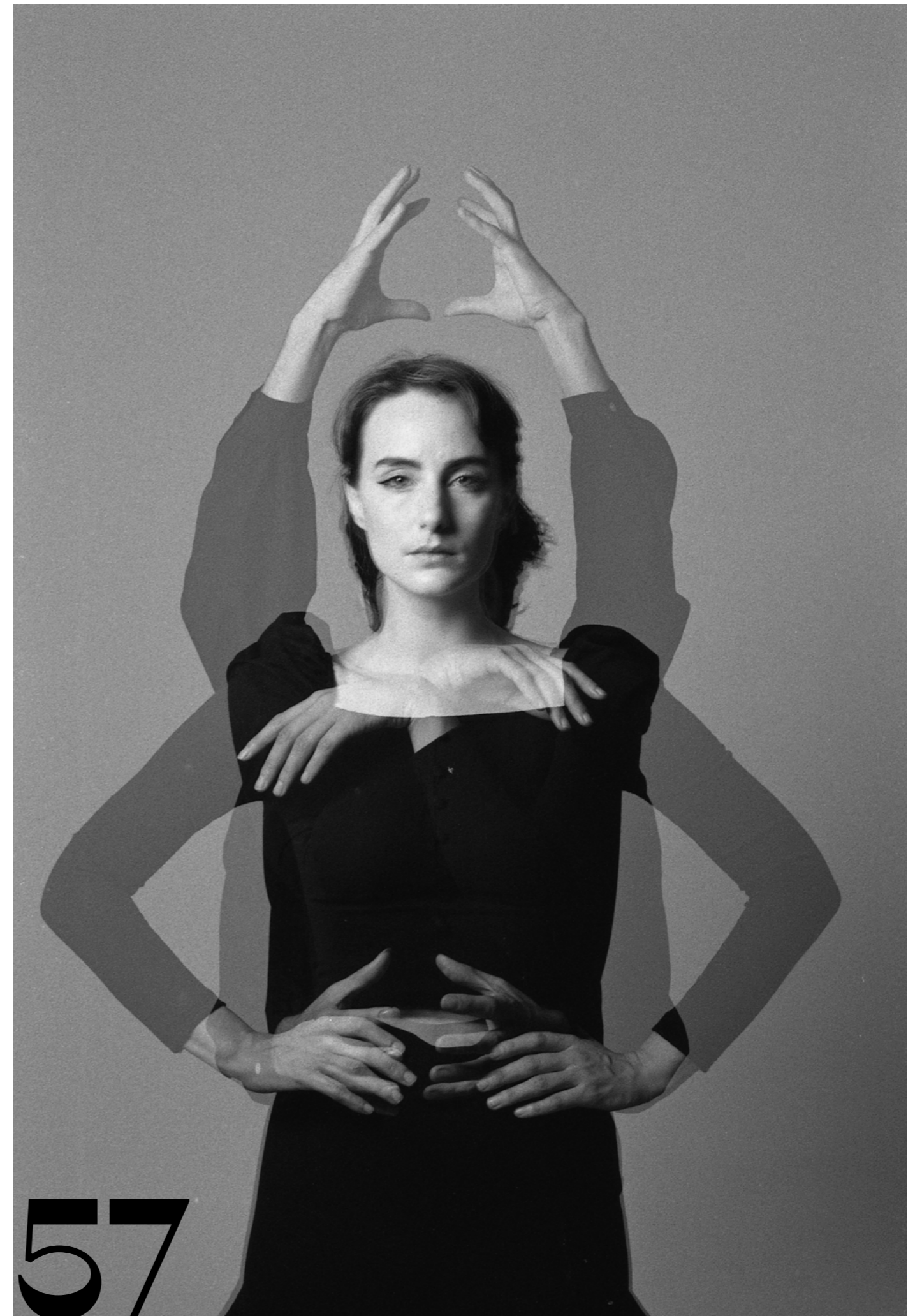
#teatro

La historia de intérpretes chilenas probando suerte en Europa es extendida, y particularmente en España cuenta con ejemplos vivos de esfuerzo y notable vigencia en el medio (como el de Cristina Narea). En esa senda puede ubicarse, en parte, el trabajo de **Emilia Lazo** (Santiago, 1993), cantautora, actriz y mitad del dúo Emilia y Pablo, afincado en Madrid con un trabajo musical constante que ha enlazado raíz latinoamericana e inflecciones de la tradición ibérica. El diario *El País* los llamó en 2021 «la nueva gran promesa de la canción en Madrid gracias a su mezcla intimista de folclor andino y aires aflamencados».

En una definición en extremo simple, Emilia Lazo y Pablo Cáceres son actores que cantan o cantantes que además actúan. Más que una disyuntiva, se trata de habilidades complementarias que ambos buscan conjugar desde que se conocieron en Chile; cada uno como estudiante de Teatro, inquietos ambos por la integración de disciplinas en torno al arte. Hacia 2017, en su reencuentro en Madrid, acordaron la composición e interpretación conjunta, liberada de dogmas de moda, abierta a una pauta de llamativa propuesta visual y escénica. Ella en voz y guitarra; él en voz, charango y ronroco. Emilia venía de un recorrido de siempre en lo creativo. Su padre, Alejandro Lazo, activo cantautor chileno, la impulsó desde la infancia a escribir poesía y componer canciones. Se recuerda a sí misma a los 11 años, sentada al borde de una tina de baño, dándole forma a su primera pieza con tan sólo tres acordes. Más tarde estudió Arte Dramático en Barcelona y en Madrid, complementando esa formación juvenil con seminarios de danza y de canto.

Hoy, desde España, Emilia persiste en sus dos principales oficios, ocupada entre recitales, montajes de teatro y producciones audiovisuales (en 2022 protagonizó el filme *A través de mi ventana*). Por eso, se le hace inevitable llevar códigos aprendidos sobre las tablas a los videoclips de su dúo (“Temblor” ganó la categoría en los Premios Pulsar 2021), shows e incluso sesiones fotográficas. De cuidada disposición visual y provocadora invitación desde el cuerpo, la música de Emilia y Pablo se presenta en canciones «teatralizadas; en la frontera misma de la performance», como se ha escrito sobre ellos. En vivo, es una invitación que exige atención constante. En disco, se ordenan hasta ahora en *Territorio de delirio* (2021), grabado en Madrid y con colaboraciones destacadas, como la del productor Diego Galaz y el artista Niño de Elche. «Ensimismado, valiente, absolutamente alejado de modas y caminos predefinidos», definió al álbum la prensa española. Pero el dúo tenía una clasificación más categórica: «Un viaje surrealista».

56



— Fotografía: Archivo personal de la artista.

VANIA MUNDACA – LAS CORRALERAS

#dúo
#tradición
#cantoras

La inquietud de **Vania Mundaca** (Santiago, 1993) por el arte de las cantoras de campo fue tan precoz como decidido. Junto a su hermana menor formó un dúo folclórico con tan sólo 9 años de edad, en los primeros pasos de su educación escolar (Constanza tenía dos años menos que ella). No había en su familia —originaria de Colina— ejemplos de oficio en la música, pero sí un profundo aprecio por el canto campesino y las tradiciones. En su casa de Colina recuerda que se celebraban fiestas religiosas como Cuasimodo y San Isidro. La esposa de un santiaguador del sector le enseñó, de niña, a tocar la guitarra.

Desde 2016, ya en su adultez, Vania formó parte de Las Chinas Cholas, agrupación de cueca brava con un nombre inspirado en una muletilla que a veces aparece en el canto en vivo: «izamba china chola!». Allí se hacía cargo de la dirección artística, guitarra y de una de las voces, y obtuvo lecciones valiosas sobre composición y trabajo en vivo. Se ha traído ese mismo espíritu a Las Corraleras, el dúo que junto a su hermana Constanza hoy «busca enaltecer la voz de la cantora, con temas propios y tradicionales», según describe. Las inspiran los ejemplos históricos de muchas mujeres en destacados dúos y conjuntos folclóricos antes que ellas: Las Morenitas, Las Consentidas, Las Carocolito, el Dúo María Inés, entre otros. Su trabajo es riguroso con la investigación en torno a tradiciones como las de la tonada y la interpretación en guitarra traspuesta, y un Fondo de la Música las tiene ya orientadas para grabar este año su primer disco junto a las guitarras de Miguel Molina.

58



59

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

NATALIA CONTESSSE

#tradición
#investigación
#cantoras

¿Pueden la tradición y la raíz nutrir el activismo y la denuncia? La respuesta la tiene la poesía popular, que en diferentes momentos de nuestra historia se ha articulado para dejar en evidencia desigualdades y abusos que nadie mejor que el pueblo puede gritar desde la experiencia. Y en ese grito cabe también la defensa de la tierra, el canto de resguardo a paisajes y recursos naturales que alguien como **Natalia Contesse** (Nueva Orleans, 1978) ha convertido en canciones. “Décimas al agua” y “Aysén y Arauco” son dos composiciones tuyas tan firmes como furiosas: «El agua no tendrá dueños / y correrá en alegría. / A un pueblo con valentía / regalará sus diseños», canta en la primera; y expone en la segunda: «Tan inundando Aysén y secando Arauco / a la señora Rosa la están matando, por no querer vender su pedazo de tierra».

Para Natalia, la música es parte de una inquietud vital mayor. «Estudiar, crear, gestionar... no sé si pienso todo eso por separado», comentó una vez sobre una labor persistente en ella desde su temprana juventud, y que asocia la creación no al lucimiento de una voz autoral, sino al lazo que ésta le permite con su comunidad, su entorno y sus ancestros. Así, cada proyecto suyo (cuatro álbumes solistas desde 2011 —tuvo antes otro con el conjunto Vena Raíz—; espectáculos en vivo ambiciosos, planteados como conceptos de gran profundidad; valiosas colaboraciones con figuras literarias de referencia, como Gastón Soublette y Elicura Elicura Chihuilaf) crece mucho más allá de un cancionero. Son más bien encuentros de poesía y reflexión, de canto y tradición, de raíces y oficios.

En su caso, la música se ordena en torno a la palabra y la oralidad, y desde ahí hacia saberes centenarios, vinculados a nuestros pueblos originarios o a las lecciones campesinas. Puede, así, dar nuevas pistas sobre los vínculos entre cueca y raíz africana, o la sabiduría contenida en el refranero. Como autora, se trata de una búsqueda por su propio linaje e identidad, que vincula su propia obra a una secuencia mayor, más extendida, más sabia.

60



61

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

VALENTINA SOTO

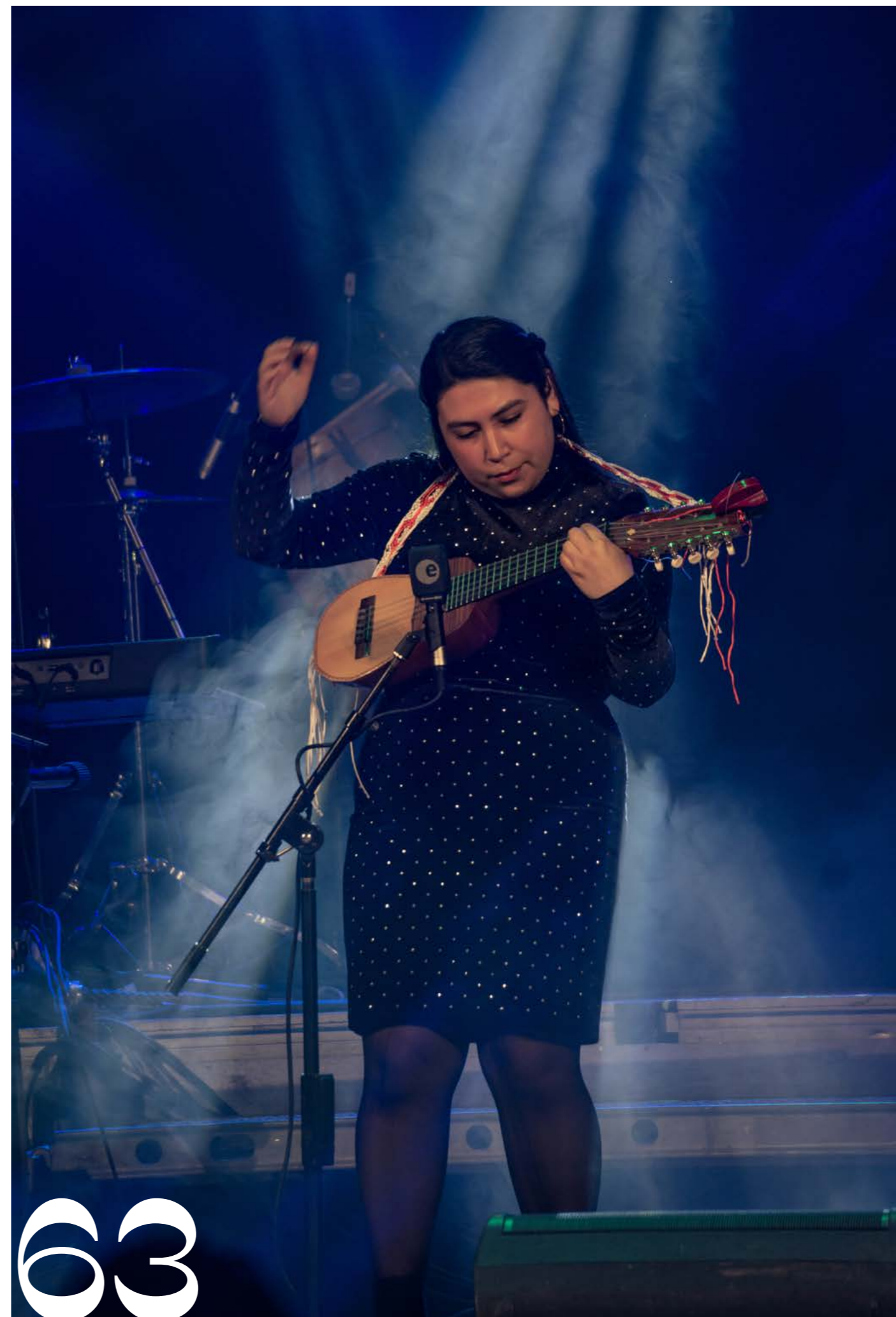
#cuerdas
#colectivo
#sur

Docencia, exploración e investigación han avanzado juntas en el recorrido de **Valentina Soto** (Valdivia, 1997) por la música chilena. Lo hizo primero junto a las cuerdas del violín, en el que se formó a partir de los 7 años de edad, pero más definitivamente con las del charango, compañero hasta ahora en su trabajo como profesora de música (es licenciada en la PUC de Valparaíso), pero sobre todo como parte del dúo Serendipia, que mantiene desde 2016 junto al guitarrista Luciano Vergara, y ya con un disco publicado (*Serendipia*, 2021). Desde 2022, Valentina además trabaja junto a la guitarrista y charanguista Romina Urra, en Sereia.

Hubo antes otros proyectos: el conjunto Trigales, el Ballet Folclórico de la Universidad San Sebastián, el Cuarteto Sajama, la Orquesta Andina, y más. Con esta última agrupación, abocada a la música latinoamericana bajo la dirección de Félix Cárdenas, Valentina ha grabado ya cinco discos, destacados por su contribución a la difusión de la música nortina y para ella «una escuela constante», en sus palabras.

Valentina comprende la música como un ejercicio de colaboración, en el cual el oficio es inseparable de las lecciones que se van ganando con él y quienes lo rodean. Pero ha destacado también como intérprete solista en encuentros y festivales, distinguida por estilo no tan sólo tradicional, sino también experimental y contemporáneo. «Lo principal para mí es aprender», insiste, y hasta su experiencia de compositora hasta ahora busca, sobre todo, dejar registro de ese crecimiento, que en su caso no muestra detención a la vista.

62



63

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

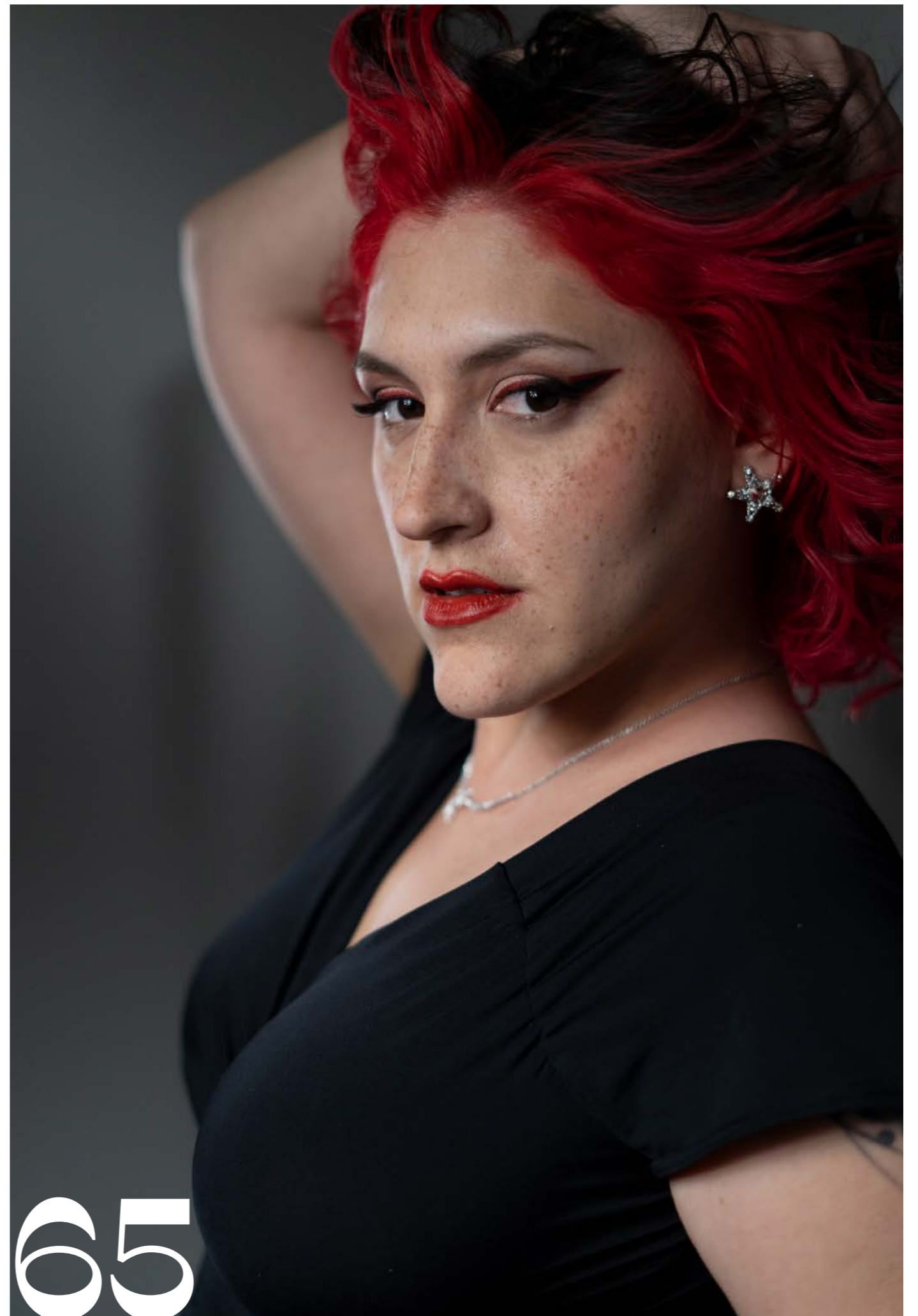
PATRICIA ROJAS – MARÍA BONOBO

#divas
#provocación
#baile

Son muchas las bandas chilenas que instalan junto a su propuesta un sello de inescapable melancolía, pero María Bonobo es todo lo contrario: la fuerza de su sonido es la del entusiasmo, la urgencia, la convicción de tener algo importante que decir. Acaso esa autoconfianza sea lo primero que sobresale al escuchar y ver cantar a **Patricia Rojas** (Santiago, 1989), vocalista del grupo desde su fundación, en 2015, cuando como estudiante de canto lírico se produjo su alianza con otros cuatro alumnos de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile afirmó la decisión de trabajar un tipo de música atrevida, sonora y visualmente liberada de pudores.

A la luz de sus grabaciones hasta ahora, esa meta ha sido honrada. “Alas rotas” (2021), por ejemplo, es un single de estribillo adherente que habla de autonomía y honestidad; “Rabia” (2021) escupe elegantemente un despecho tan sentido como reconocible (y con batería invitada de Mauricio Clavería, ex La Ley); y en “Rézame” (2022) se revisa cierta iconografía cristiana a través de una letra y un video (dirigido por la propia cantante en una playa nudista) que buscan tomar distancia de la reverencia solemne de aquella religión enseñada desde una jerarquía masculina. El video para “Feliz” (con colaboración de Ignacio Redard) tiñe con telas brillantes el Paseo Bulnes, sin nunca dejar de mostrar de fondo a La Moneda, con todo el simbolismo asociado en esa elección de espacio y atuendos. Los gestos, miradas y movimientos de Patricia son los de quien quiere hacer distintivo un «pop auténtico, original y con sentido», en sus palabras, encauzado hasta ahora en un electropopailable y un tipo de balada dramática igualmente ambiciosa. Su destino natural es una audiencia masiva, a la que María Bonobo volverá a convocar este año con una sesión en vivo trabajada en Buenos Aires, disponible como disco y luego documental audiovisual, registros ambos de una auténtica peregrinación hacia los estudios de Gustavo Cerati financiada por sus propios seguidores en sistema de micromeceznazgo. «Estamos seguros de que mucha gente debería conocernos», es la convicción de Patricia, y hay música para respaldar sus palabras.

64



65

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

JUANITA PARRA

#colectivo
#ritmo
#mestizaje

Hemos seguido la vida en la música de **Juanita Parra** (Santiago, 1970) casi sin darnos cuenta. Vimos sus fotos de pequeña, como parte de ese inigualable clan nómada en el que se convirtieron Los Jaivas junto a las mujeres, niños y colaboradores que se les fueron sumando en su ruta por Chile, Argentina y Francia. La tuvimos como una precoz técnico cuando, a inicios de 1988, llegó adolescente desde París para ejercer de iluminadora en aquella gira interregional de la banda que tuvo su punto cúlmine en el Estadio Santa Laura. Acompañamos poco después por las calles de Viña del Mar su pena en el multitudinario funeral de su padre, Gabriel Parra. Y al fin comprendimos como una evolución lógica para su biografía la invitación que recibió del grupo a ocupar el puesto que él dejó vacante en batería y percusiones. Juanita Parra figura como la primera mujer en pasar por la formación de Los Jaivas (*Hijos de la tierra*, de 1995, fue su primer álbum como miembro oficial del grupo), pero además es una integrante que le ha dado al conjunto un sello de estilo, profesionalismo y carisma que le son propios, y que se traslada con ella también en otros proyectos y circunstancias.

Ha tocado en vivo junto a Los Tres, Gepe, Huaika y Nano Stern, entre muchos. Cantó a solas “Adiós que se va Segundo” en un disco tributo a Violeta Parra (2001). Animó durante un tiempo un trío rock, Besos con Lengua, junto a dos amigas de talento (Colombina Parra y Ximena Cubillos). Encauza en la iniciativa «La música declara emergencia» su inquietud por el futuro de nuestro medioambiente. Y además es parte ejecutiva de la Fundación Los Jaivas, donde, en sus palabras, ejerce de guardiana de un patrimonio musical que es muy importante se difunda «de acuerdo a los deseos de los fundadores del grupo. Mi rol ahí es proteger que la música cumpla con el objetivo mayor de compartir este legado con el pueblo». La música de Los Jaivas, asegura Juanita, contribuye a la identidad cultural chilena pero también a la formación musical. Y lo dice por experiencia propia:

«De alguna manera, me siento la primera alumna en recibir esa transmisión. Pese a ser parte de la familia de Los Jaivas, comencé a tocar junto a ellos con muy poca instrucción musical. Con ellos he tenido mi desarrollo». En tantos sentidos.

66



67

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

CARMEN PRIETO

#mestizaje

#canto

#latinoamérica

Tanto queremos al bolero y tan desatentos estamos a quienes nos lo entregan. Como si este no requiriera de un cuidado constante, de una investigación en sus raíces y repertorio, del intercambio colaborativo entre intérpretes. Pero aún en ese contexto —además, alejado geográficamente de los epicentros del género—, **Carmen Prieto** (Concepción, 1965) ha decidido persistir y ser fiel a una vocación indeleble. Desde fines de los años 80, cuando ofreció sus primeros recitales en el barrio Bellavista y debutó con un álbum solista, su canto se ha puesto a disposición del encuentro de sentimiento, poesía y códigos afrocaribeños que caracterizan el tipo de bolero que es el de su preferencia. Su discografía al respecto es extensa, y su canto en vivo —en Chile e importantes citas extranjeras—, incansable. Prieto es referencia para el bolero en Chile; aunque hecho a su modo, junto a ensambles reducidos y en escenarios que preservan la necesaria intimidad.

Creció en una familia de inquietudes artísticas (su padre integró las orquestas Filarmónica y Sinfónica), y tuvo una inicial práctica como actriz (encarnó a la Negra Ester, en un montaje de las célebres décimas de Roberto Parra previo a la famosa obra a cargo de Andrés Pérez), que años más tarde iba a retomar en teatro y en cine. Pero el canto ha sido en ella vocación persistente y, además, habilidad objetiva, gracias a una voz enfática, magnética y capaz de matices. Prieto es una conocedora profunda del repertorio cubano: ha viajado varias veces a la isla, ha interactuado con destacadísimos nombres del género, y se ha presentado junto a músicos locales en espacios como el Teatro Nacional de La Habana y el Teatro Carlos Marx. Pero su trayectoria guarda también la debida detención a las tradiciones de canto romántico de otros países, como Colombia y Perú; e incluso la tradición de canto consciente que decidió incorporar a su disco *Canciones re-queridas* (2015). Guitarras y percusiones pero también la fusión con el piano-jazz y el bajo eléctrico han ido acompañando esa voz que, para el disco *Deseos y encantos* (2000), decidió ocuparse puramente en boleros de autores chilenos (Luis Advis, Valentín Trujillo, Joe Vasconcellos, Mario Rojas, Elizabeth Morris, entre otros). Allí también aparece el crédito inesperado de su propio nombre como autora: con oficio en la escritura de poesía, la cantante se ha animado a musicalizar textos suyos sobre mujeres vitales para la política chilena reciente, como Gladys Marín y Ana González de Recabarren. Porque inquietarse por lo que nos pasa como sociedad es también una forma de pasión.

68



69

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

MONTSERRAT PRIETO

#partitura
#mestizaje
#colectivo

El violín es para **Montserrat Prieto** (Barcelona, 1992) algo más que una herramienta de trabajo. El instrumento ha sido parte de la historia de su familia, sobre todo por el oficio profesional de su padre, Sergio Prieto, alguna vez concertino en el Teatro Municipal. Tuvo, por eso, sus primeras lecciones musicales como una niña de 4 años.

Pero sería un error asociar su talento únicamente al arco y las cuerdas. Una nota de prensa la calificó una vez como «artista multifacética», aludiendo a su trabajo simultáneo en el canto, el baile, la docencia y, alguna vez, la actuación (como cuando participó en la telenovela juvenil “Decibel 110”, de Mega). En su mirada del trabajo creativo no hay límites asociados a una única habilidad: «Aprendí desde pequeña a integrar disciplinas», describe.

Nacida en España, Prieto creció y fue educada desde niña en Santiago de Chile, donde no tardó en buscar su camino tanto en la música como en la danza. Tempranamente decidió que a su labor solista la iba a acompañar de asociaciones, y entonces se hizo parte de ensambles como el cuarteto de cuerdas Las Cuatro Estaciones, tomó clases en la Academia de Maitén Montenegro, y aceptó invitaciones a colaborar en vivo con figuras como Ana Tijoux, Cami, Michel Bublé y Alexander Pires. En 2010 conoció al pianista Roberto Bravo, con quien fue estrechando una relación musical hasta articular diferentes giras a dúo y, al fin, grabar el disco *10 años juntos* (2022).

Pero es MOONC su dirección más propia. Así llama Montserrat a la faceta solista que hoy trabaja en canciones de su autoría que comenzó a trabajar en pandemia, influenciada por la música pop que escuchaba en la adolescencia: soul, R&B, hip-hop. Es música diferente a la que ha mostrado hasta ahora, «que incorpora todo lo que he ido aprendiendo en los distintos caminos que he ido tomando», describe. Espera poder mostrar un primer single este año.

70



71

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

JUANA ÁCIDO

#valparaíso
#fuerza
#guitarra

Valparaíso es una ciudad musical con más desvíos de lo que suele considerarse. Está su tradición bohemia, apegada a géneros de noche y celebración, como el bolero y la cueca brava. Y está, también, su vital legado rockero para la historia de la música chilena de la segunda mitad del siglo XX. Pero en el puerto hay tantos senderos musicales como escaleras. El de Juana Ácido —que así se presenta la solista Catherine León (Valparaíso, 1992), eterna residente del Cerro Mariposa— combina muchas referencias, en parte por lo atento que su oído ha estado a las músicas que la rodean desde la infancia. «Todos mis primeros recuerdos están llenos de canciones», asegura.

Hija de un cantante y percusionista profesional, activo en varios conjuntos porteños, y de una madre «que siempre tenía la radio prendida en casa», marca como un hito aquella vez en que el grupo folclórico de un familiar necesitó suplir a su percusionista. Quedó ella a cargo de los golpes sobre el bombo legüero. Tenía no más de 12 años: «Fue un hito en mi vida, algo maravilloso. Me dieron ganas de quedarme ahí y hacerlo *todo*», recuerda. No se sintió intimidada de comenzar tempranamente a practicar guitarra eléctrica, sistemáticamente y a solas, y más tarde batería. A los 19 años, formó su primera banda, y no ha dejado de tocar desde entonces.

Hace cinco años se presenta como solista (se mantiene, además, como baterista del grupo Fugazes, también de Valparaíso). Bajo el nombre artístico Juana Ácido, Catherine desarrolla un repertorio original de su autoría, en el que busca combinar el desafío de eficaces melodías pop, transmitir la fuerza del rock y plantear experiencias personales descritas en la justa síntesis como para que quien sea las escuche llegue a identificarse. «Establecer una conexión a través de la música es una de las cosas más hermosas que pueden existir —dice—. Al fin, mi más grande formación ha sido escuchar y apreciar lo que la música reproduce en tu interior, no importa de qué estilo». En 2023 habrá un primer álbum (bajo su etiqueta, Maldito Serro) para comprobar si acaso esa aspiración la consigue también su propia obra.

72



73

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

TITA PARRA

#latinoamérica

#canto

#conciencia

La discografía de Tita Parra (Santiago, 1956) comprueba una inquietud creativa diversa en referentes y privilegiada en las alianzas. Se ha extendido en el tiempo; despierta su vocación musical ya en la infancia, ávida de aprendizaje en la juventud, y persistente en la adultez en torno a un tipo de canción chilena dispuesta a conjugar raíz, conciencia latinoamericana, rigor instrumental e intimidad de autora.

Estaba todo ello ya en su primer álbum solista, *Amigos tengo por cientos* (1978), grabado durante sus años de exilio en París junto a colaboradores que vistieron con elegancia una mayoría de composiciones suyas, y algunas de la tradición, y de su abuela, Violeta Parra. Era ése un bagaje que se había mostrado antes en grabaciones y conciertos familiares, que en su caso puntual son las de un aporte musical histórico. Su infancia y adolescencia están enlazadas también al trabajo itinerante de su madre, Isabel Parra, y de su tío, Ángel Parra. Entre las rarezas de la Nueva Canción Chilena está un single de fines de 1966 para el sello Demon ("El Manuelito chileno / Qué tanto será") atribuido, simplemente, a «Titina». Es Tita Parra quien aparece allí a los 10 años de edad, cantando junto a su madre, su tío y su abuela, en lo que sería el último fonograma editado en vida por Violeta Parra. Con toda propiedad, Tita la llama «mi primera maestra», y parte de su trayectoria se ha ocupado en enseñar sobre su legado entre audiencias diversas. Su disco más reciente es un homenaje junto a su Banda Tita, y bajo el título *Yo soy la feliz Violeta* (2017).

Ese mismo lazo familiar la llevó a viajar por el mundo desde pequeña, y así absorber influencias musicales diversas, que le abrieron un camino que con el tiempo perfeccionó con estudios de guitarra clásica y nuevas colaboraciones. Todo su trabajo adulto incluye esa perspectiva de fusión, con paradas sucesivas en códigos de la electroacústica, la cita a la herencia de la Nueva Canción Chilena y la rica nutrición de la música brasilera, entre muchos; siempre desde un ánimo de resistencia cultural, y junto a exigentes instrumentistas al lado de su voz, guitarra y teclado. Sus propias canciones abordan temas nada frecuentes entre cantautores de su generación, como la identidad femenina, el cuidado del medioambiente o el crecimiento espiritual. Las décimas de "Nuestra respuesta es la vida" son manifiesto urgente a partir de la experiencia de despojo y abuso del pueblo latinoamericano. Al fin, es creación y difusión de saberes lo que une al trabajo entre décadas de Tita Parra, sometido a las vicisitudes personales y de nuestro país, pero en el que, en sus palabras, mantiene «inmensa gratitud por esta extraña y milagrosa existencia, en la que van pasando los años que nos marcan, nos atan y desatan, nos enarbolan y nos hacen arder».

74



— Fotografía por: Marcelo Machuca.

MOUSSO

#mestizaje
#fusión
#feminismo

En lengua malinke, 'mousso' es 'mujer'. La palabra es una cita adecuada para un ensamble de percusiones y cantos africanos dispuesto contra la convención hegemónica; con integrantes que, desde mediados de la década pasada, se abocan a la música como un trabajo de exploración intercultural e intergéneros, de fusión entre tradición y recursos contemporáneos, raíces y ancestralidad, y que cruza el océano Atlántico para hacer dialogar a Sudamérica con África Occidental desde el ritmo y la melodía. En sus dos discos hasta ahora (*Afro jazz*, 2018; y *Raco*, 2021) y en decenas de conciertos, **Moussso** muestra un sonido por completo atípico en el medio chileno, en el que los más vivos pulsos de su base rítmica —conformada por trío de dundunes (dundune, sangbang, kenkeni), djembe, cascanet y shekere, además del bajo eléctrico de Jose Ares— no ahogan la delicadeza de los timbres del piano de Carmen Paz Kuky González ni la voz sinuosa de Paulina Villalobos. Su repertorio lo conforma la cita a la tradición de nuestro continente, como en su versión para el "María Landó" peruano, "El gavián" de Violeta Parra, o el tenebroso "Strange fruit" estadounidense. Son citas bien escogidas, dispuestas como homenaje «a personas relevantes en nuestra vida —dicen—. Cada una es arreglada y pensada con "sello musical Moussso", mediante percusiones latinoamericanas, afro-mandingue y ritmos del mundo.»

En parte, ese cuidado sonoro se explica por la rigurosa formación de sus integrantes (también están Nata Quintana, en percusión; Jatu Espinosa, en viola; Rodrigo Donoso, en batería; y Fernando Bösch, en sonido). Desde ese lenguaje, han podido establecer alianzas con músicos tan destacados como Christian Gálvez (productor de su primer álbum), el bajista Ernesto Holman, el guitarrista de rock Carlos Corales, la cantante Denise y la cantautora Elizabeth Morris. Pero Moussso no se pierde en la exploración sonora, descrita en notas de prensa como cercana al world-jazz, aunque probablemente aun más expansiva que eso. Su historia hasta ahora es también la de un creciente compromiso con un mensaje social, desde el feminismo y las disidencias.

76



77

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

NIÑA TORMENTA

#cantautoría
#intimidad
#colectivo

El nombre artístico escogido hacia mediados de la década pasada por **Tiare Galaz** (Santiago, 1984) calza bien con un tipo de cantautoría que acoge en sí las contradicciones y una no tan evidente provocación. Su música es quieta y emotiva, sí, pero también es a veces incorrecta y desafiante. Miren la letra de un tema suyo como “Que entre el frío”, por ejemplo: «... me quiero congelar. / Dejar de sentir, si no puedo sentir todo». En “Clase M” —también de *Loza* (2017), su único álbum solista hasta ahora—, con voz tranquila la cantante invita, quizás, a una revolución: «Vamos a habitar / un planeta nuevo. / Un viaje estelar, / quemar el dinero».

Acaso por eso las canciones de Niña Tormenta sean tan cautivantes. El oído entra sin resguardos a lo que parece una invitación tranquila, guiada por una voz suave y un ukelele que no hace aspavientos, pero al poco rato se ve seducido por una expresión sombría y franca, sin temor a exponer una fragilidad incómoda con su entorno. Al fin, «siempre disfruté la tormenta», como admite ella en “Lo que dejo”. «Al comenzar a hacer canciones no medí este resultado —recuerda ella—; no es algo que yo anduviera buscando ni un efecto esperado, pero ahora me doy cuenta de que ese contraste entre opuestos, que aparecen de manera muy natural, es justamente lo que me fascina al inventar una melodía o encontrar acordes en un instrumento. Es algo propio, que más que oscuridad, es una sombra».

Niña Tormenta es parte del creativo colectivo Uva Robot, que aúna gestión discográfica independiente, innovador trabajo gráfico y producción de conciertos de propuesta; y como tal se inmiscuye en el trabajo de sus amigo/as Diego Lorenzini, Chini.png y Rosario Alfonso. Desde sus adolescentes primeros pasos musicales junto a una banda de acid-jazz (Júpiter Jack), Tiare fue luego comprendiendo la música como colaboración: «Ha sido muy emocionante desarrollar ideas y ver cómo hemos podido expandirnos creativamente por separado y en conjunto entre quienes formamos parte del colectivo. Uva Robot ha sido para mí una escuela, y, al menos para mí, una forma de vida que ya no reemplazaría». Bajo ese paraguas prepara su disco 2023, iniciado en pandemia, trabajado sobre todo en espacios de la costa y el sur de Chile, y con título ya escogido: *Las cosas lento*. Tratándose de Niña Tormenta, parece una autodefinición artística.

78



— Fotografía por: Marce Gonzalez Guillén.

DANIA NEKO

#rimas
#colectivo
#ciudad

«Dania Neko va más allá del rap», advirtió una vez una nota de prensa cuando tuvo que presentar la música de **Dania González** (Santiago, 1986). Si en la primera impresión, esta compositora nacida y criada en la comuna de San Joaquín parece estar asentada en el género del hip-hop, su voz y las bases de sus rimas remiten también a géneros tan distantes como la bossa nova y el flamenco, entre muchos. Guitarra acústica, chelo, cajón, trompeta y sintetizadores son algunos de los diversos instrumentos integrados cómodamente a sus dos álbumes hasta ahora (*Depura*, 2015; y *Vértigo*, 2019), levantados por ella a partir de ideas que trabaja primero en un computador, y cuyo proceso acompaña hasta el final: «Los instrumentos están elegidos en relación al color de la música que propone cada disco —explica—. Hay una búsqueda sonora por acompañar la intención de cada tema. Mis recursos son limitados, pero sé buscar a los colaboradores que necesito para lo que quiero, y estar encima en la pre y posproducción».

La historia de Dania es, en parte, la de una asombrosa persistencia. Ya en el colegio rapeaba junto a un amigo (Habitual), influenciada entonces por músicas diversas, de Lauryn Hill a Björk, de Djavan a Inti-Illimani. Escuchar a Mercedes Sosa le hizo descubrir a la voz como soporte de identidad y conciencia. Decidió, tempranamente, componer como una vía de procesar sus propios sentimientos ante un entorno urbano que percibía amenazante pero también inspirador; y así desafiarse en lo creativo. Sus temas son, a veces, experimentales, como cuando en “Empoderarte” toma códigos del trap y los lleva a terrenos ajenos a ese género, de timbres más sugerentes y rimas de valiente manifiesto social.

«Yo me blindo con la música», describe en “Hoka Hey”.

Dania es parte del sello Tómate, colectivo de trabajo independiente en el hip-hop; y participó de «Somos mujeres, somos hip-hop», agrupación que durante un tiempo reunió a raperas de varios países con el fin de generar una continuidad de apoyo colectivo en red latinoamericana. Temas suyos como “Empoderarte” o “Desborde” son llamados a tomar conciencia y a reflexionar. De su voz, la rima siempre sale con un propósito.

80



81

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

MASQUE- MUSICA

#canto

#mestizaje

#colectivo

Es fácil imaginar el entusiasmo con que **Macarena Campos** (Santiago, 1986) debe haber visto *A veinte pasos de la fama*, la cinta sobre las coristas estables de los mayores nombres del rock internacional que hace nueve años se quedó con el Oscar a Mejor Documental. Su oficio en la música ha sido en parte ése, el de la compañía, apoyo y complemento desde el micrófono; y en su caso a mucha honra de aportar su voz en escenario y en disco al trabajo de Gepe, Jonas Sanche, Oddó y, sobre todo, la banda de Bronko Yotte.

Pero esa ductilidad generosa no le quita la ambición de una solista. En 2020, y siempre bajo su nombre artístico, apareció un single suyo, "Tu tiempo", con composición, canto, y parciales arreglos y producción a su cargo. Era, en cierto modo, un experimento de desvío, deudor de su gusto desde la infancia por el canto, y que ella nunca imaginó iba a afianzarse tan firmemente como para continuar en los siguientes años con más publicaciones, músicos invitados a sus grabaciones (Ruzica Flores, Rvyo, Emaflu, Mente Sabia, entre otras), y la consolidación en un tipo de canción pop capaz de hacer ver su gusto de siempre por géneros como el bolero, el R&B y el soul, a los que su voz rinde tributo con el despliegue justo de matices y juego vocal. Tal ha sido su compromiso, que hoy Masquemusica es una profesional que por voluntad propia dejó atrás su trabajo como periodista y productora de contenidos en televisión: «Desde el 2020 estoy abocada casi ciento por ciento a la música, y trato de que todos los encargos tengan que ver con eso. Es un compromiso», asegura. El cadencioso "Vuelvo a comenzar" es su single más reciente, hecho circular a inicios de 2023 con la valentía de un manifiesto de extrema intimidad: «Me ha costado tanto tiempo / poder decir lo que siento / A veces sí perdí mi tiempo / con gente que no valora ná' / Este es mi lamento, / y no lo siento / me da pena cuando me acuerdo / lloro un poquito y... vuelvo a comenzar»

82



83

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

ALFONSINA TORREALBA

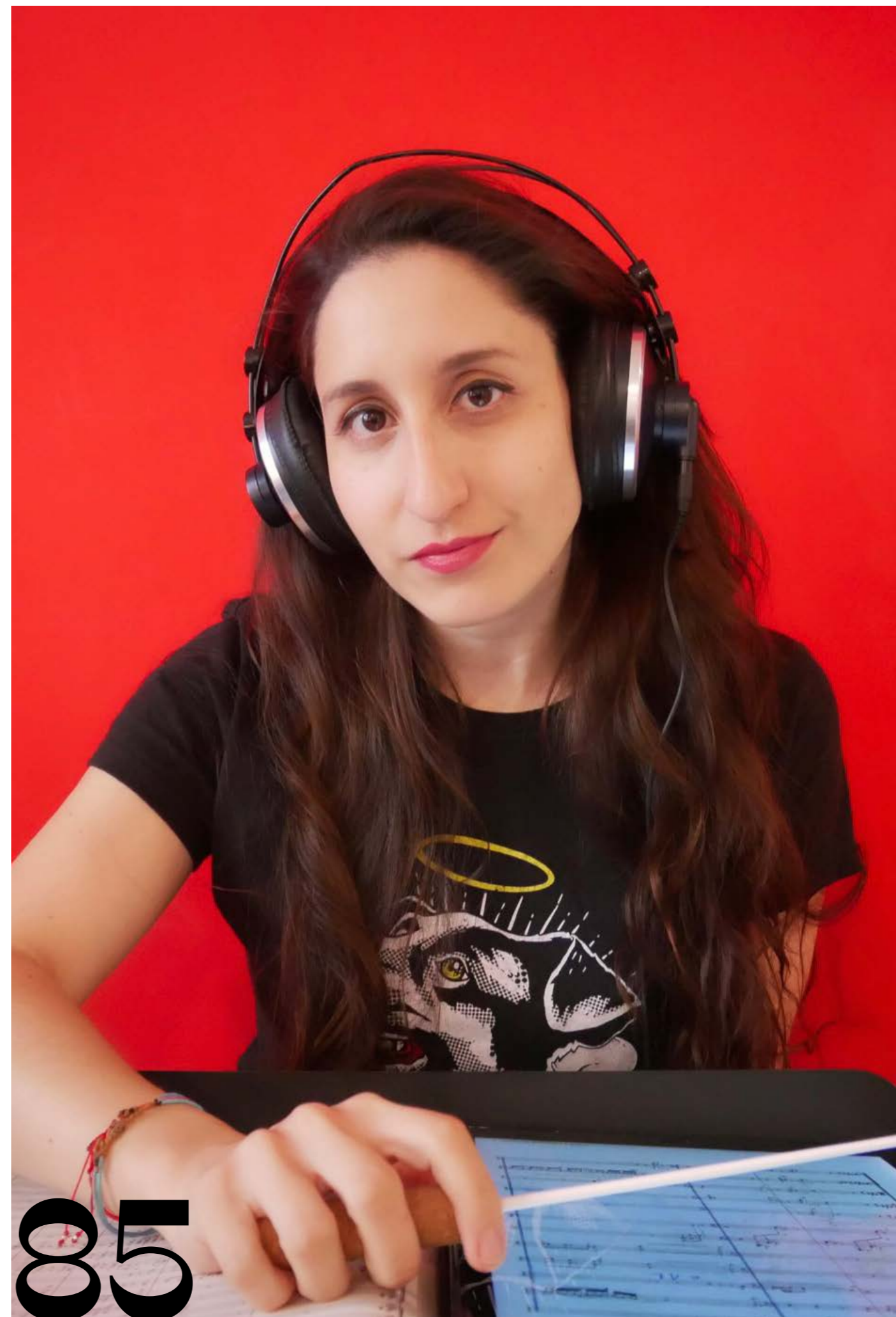
#partitura
#educación
#divulgación

Varios géneros, estilos y formatos de trabajo en la música han ocupado hasta ahora a **Alfonsina Torrealba** (Santiago, 1990), lo cual quizás sería lógico para una profesional de extensa experiencia, pero se vuelve llamativo en el caso de alguien de menos de 35 años de edad, y que recién en 2015 se licenció de sus estudios en la Facultad de Artes de la Universidad de Chile. Es directora de orquesta, coro y conjunto (tiene un máster al respecto obtenido en España), e intérprete en flauta travesa, pero además ha ejercido como profesora de cursos y talleres en los más diversos espacios: desde municipales en la Región Metropolitana a otros para especialistas en Madrid. Esa amplitud se observa también en los tipos de música que dice abordar con más entusiasmo: la docta y la folclórica, la coral y la de fusión, la religiosa y el jazz.

Ni en su educación escolar ni en su familia había pistas para indicar tal deriva profesional. Tan sólo fue dándose que Alfonsina entendiera la música desde distintas vertientes: «No solo me atrae esa variedad, sino que me parece fundamental tenerla; ser capaz de relacionar unas músicas con otras —asegura—. La identidad latinoamericana es así: mezcla tradición y novedad, lo acústico y lo eléctrico, instrumentos templados y destemplados. Y eso me representa».

Alfonsina Torrealba es parte del equipo de producción del podcast “Las vueltas del Run-Run”, que desde 2021 viene compartiendo conversaciones suyas junto a invitados expertos en la realidad laboral de músicos chileno/as en el país y el extranjero. Además, dirigió la grabación de la banda sonora del medimetraje musical animado *Eloísa Díaz, ciencia urgente* (2022), sobre la primera médica chilena y latinoamericana. Como si le faltaran tareas, junto a un socio administra el estudio TorreMar Music Studio, que hoy recibe encargos de diferentes partes del mundo: «Eliminar las brechas de acceso para el disfrute y comprensión de la música como parte integral del desarrollo de las personas y de nuestro crecimiento como sociedad», es, según propia definición, una de las motivaciones que orienta sus proyectos. Así también es que se dirige su actual especialización en dirección orquestal y musical, un camino que la llevó hasta España, donde hoy es directora asistente en la Joven Orquesta de La Sierra, colabora como flautista y cantante en la rama de la Berklee College of Music en ese país, y continúa su formación con clases particulares de dirección. Describe al campo profesional como «pedregoso y a veces hostil» para las mujeres, pero está decidida a persistir en él, inspirada en referentes internacionales (Marin Alsop, Chaowen Ting, Michelle di Russo, Ligia Amadio, Lina González-Granados, Alicia Pouzo) cuya fuerza y determinación para ascender y, a la vez, colaborar en redes dice que la encandila.

84



85

— Fotografía: Archivo personal de la artista.

PALMENIA PIZARRRO

#divas
#canto
#latinoamérica

El canto femenino al amor y el desamor es un flujo imparable, de afluentes infinitos y caudal torrentoso. Su profundidad hace más destacables a aquellas excepciones que pueden distinguir una corriente propia, en estilo y repertorio. **Palmenia Pizarro** (San Felipe, 1941) es una de ellas. Más allá de canciones perdurables —y vaya que las tiene—, su voz, nombre y su presencia son estampas en sí mismas, parte de la cultura popular chilena e incluso de cómo a veces asumimos nuestros altibajos de pareja. El «cariño malo» es una categoría que entendemos como tal, sea o no por experiencia propia.

La prolongación de su voz como una seña clásica no estaba en los planes de aquella escolar de San Felipe que desde los 7 años se desafiaba en el canto para concursos y, luego, en auditorios radiales de su localidad. Pese al auge del primer rocanrol y la llamada Nueva Ola, su decisión era dar a conocer un repertorio diferente: el de los mejores vales peruanos que la cautivaban. No sólo consiguió distinguirse con ello entre las audiencias, sino que los propios autores del género no tardaron en hacerle llegar canciones pensadas para su voz. Fue así que singles suyos como “Mi pobreza”, “Desprecio”, “Ajeno” y “Todavía” —entre muchos— volvieron favorita la cadencia del vals criollo para oyentes locales. Su alianza con el peruano Augusto *Polo* Campos sería definitiva al respecto: “Vuelve pronto”, “Te extraño”, “Cuando llora mi guitarra” y, por supuesto, “Cariño malo” sellaron una colaboración que convertiría a Palmenia Pizarro en voz oficial del vals peruano en nuestro país, así como afluente inevitable para compartir desde el canto incluso las más dolorosas penas de amor. Campos dijo una vez: “Palmenia Pizarro es una chilena que canta con el corazón. Mándenle vales a ella”.

Qué lindo canta Palmenia, advertía desde el título su primer LP, en 1964. Es una frase espontánea, que ha vuelto a articularse en los más diversos escenarios, de Chile y de México (donde ella vivió y cantó por más de veinte años), en radios y televisión, en espacios públicos y los dormitorios de cualquier casa, donde la música de Palmenia Pizarro irrumpe para volverse a la vez personal y patrimonial. Ha sido una mujer sujeta a las circunstancias de su tiempo, que conoció ambientes, sensibilidades y modos de trabajo que se han ido perdiendo, aferrada hasta hoy a invitar a la escucha desde su contundente talento.

86



— Fotografía: Archivo personal de la artista.

ÍNDICE DE RESEÑAS 2021 EN "EL CANTO DE TODAS"

Acuarela
Alejandra Urrutia
América Paz
Ana Tijoux
Andrea Paz
Cami
Camila Meza
Camila Soria –
(Camila y Silvio)
Cancamusa
Carmen Lienqueo
Carola López
Carolina Carrera
Catana
Cecilia
Chini.png
Cinthia Santibáñez –
(Crisálida)
Cristina Narea
Elizabeth Morris
Entrópica
Evelyn Cornejo
Fakuta
Flor de Rap
Florencia Lira
Frank's white Canvas

Gabriela Pizarro
Ginette Acevedo
Hilda Parra
Kinética
Lucy Briceño
Luz Cuadros
Mamma Soul
Marineros
Mazapán
Melissa Aldana
Milena Viertel
Montserrat Sembler
Myriam Hernández
Natalia Norte
Nelly Sanders
Ninoska Medel
Paulette Buera
Ramona Estrella
Rubio
Valesuchi
Vasti Michel

ÍNDICE DE RESEÑAS 2022 EN "EL CANTO DE TODAS"

Andrea Andreu
Andrea Tessa
Antonia Navarro
Arlette Jequier
Aurora Voraz
Belencha
Camila Moreno
Camila Vaccaro
Carol Antonia
Carolina Aguilera,
La Canarito
Carolina Holzapfel
Caterina Nix
Chabelita Fuentes
Cler Canifrú
Colombina Parra
Cristina Gallardo-Domas
Denise Rosenthal
Dulce y Agraz
Emilia Díaz
Emma Madariaga
Epewtufe
Esperanza Restucci
Gloria Benavides
Gloria Simonetti
Guadalupe del Carmen
Horregias
Karla Grunewaldt
Katherine Bachmann
Laia
Los Frutantes
Magdalila
María Esther Zamora
Mon Laferte
Mora Lucay
Natalia Molina
Nicole
Paria
Pascuala Ilabaca
Paz Mera
Paz Quintana
Planta Carnívora
Princesa Alba
Priscila Vergara
Rocío Peña
Ruzica Flores
Sarazul
Soledad Ulloa,
La Pispirera
Sonia la Única
Soulfia
Valentina Marinkovic

:[SCD]:
www.scd.cl

Facebook	SCDoficial
Instagram	scd_chile
Twitter	@SCDChile
Youtube	SCD Oficial